La

Tempestad

9

DICCIONARIO
DE
MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 38—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 112 á 114)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

LA TEMPESTAD

LA TEMPESTAD

MELODRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

Estrenado en el Teatro de la ZARZUELA
el 11 de Marzo de 1882

NOVENA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

Al Excmo. Señor

Don Práxedes M. Sagasta

dedica esta obra en prenda de gratitud
y amistoso afecto

El Autor

Al consignar aquí mi profundo agradecimiento á la prensa madrileña por los elogios que ha hecho de este melodrama, no debo olvidar que algún periódico ha creido ver en el pensamiento de LA TEMPESTAD *semejanza notable con el de un drama de Erckmann-Chatrian titulado* El Judío Polaco.

Suplico á todo aquel que haya dado crédito á tal afirmación, que busque la obra del popular novelista francés. Pasará leyéndola un agradable rato, y podrá convencerse de que la acción, los caracteres, las situaciones y el diálogo *de* LA TEMPESTAD *son en absoluto invención mía.*

Creo esta razón suficiente para estampar en la primera página el calificativo de original.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ÁNGELA	Sra.	Cortés de Pedral.
ROBERTO		Franco de Salas.
MARGARITA		Rivas.
UNA ALDEANA	Srta.	González (D.ª Elisa).
SIMÓN	Sr.	Ferrer.
BELTRÁN		Berges.
MATEO		Orejón.
EL JUEZ		Subirá.
EL PROCURADOR		Belloc.
UN PESCADOR		Jiménez.
MARINERO 1.º		Barragán.
IDEM 2.º		Vidal.

Mujeres del pueblo, marineros y pescadores

La acción en un puertecito de Bretaña en los primeros años de este siglo

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

Ténganse muy presentes para la representación de esta obra en los teatros de provincias las notas á los directores, insertas al final.

ACTO PRIMERO

Sala baja en la hostería de Simón, con bancos y mesas de madera tosca. A la derecha, escalera practicable que conduce á una galería de cristales que da paso á las habitaciones del piso alto. Puertas á derecha é izquierda y puerta y ventana grandes al foro, por las cuales se vé la playa y rocas que cierran el fondo en declive de izquierda á derecha. En la sala, á la derecha, en una hornacina, una imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparilla. A la izquierda, el mostrador, y detrás aparador alto con botellas, jarros y vasos.

ESCENA PRIMERA

Música

Al levantarse el telón óyense el aguacero, los truenos y el viento huracanado. La luz de los relámpagos ilumina de vez en cuando la playa, reflejándose en los cristales de la galería. Las mujeres, con algunos niños, rezan arrodilladas ante la Virgen, y sobre las rocas de la playa se ven algunos marineros que tiran de un largo cable.

MUJERES Estrella de los mares,
que brillas en la altura,
potente y limpio faro
de luz celeste y pura,
del triste navegante
el rumbo incierto guía
y amparo presta al náufrago,
¡Virgen María!

—

MARINEROS dentro, imitando el grito especial con que acompañan sus maniobras de fuerza, y especialmente la de sirgar

¡Ohí-eohí!
Amarra ese cable,
y boga hacia aquí.
¡Ohí-eohí! (Truenos y relámpagos.)

MUJERES Del mísero que llora,
consuelo y esperanza,
que brillas entre nubes
cual iris de bonanza,
aplaca de los mares
la cólera bravía,
y enjuga nuestras lágrimas
¡Virgen María!

MARIN. ¡Ohí-eohí!
Si bogas con fuerza
te salvas aquí.
¡Ohí-eohí!

(La tempestad se aleja poco á poco. Las mujeres se levantan y van hacia la puerta y la ventana, desde donde miran con ansiedad la maniobra de los Marineros, cuyo canto se repite varias veces.)

MUJERES ¡A la anhelada orilla
todos llegando van!
¡Gracias, oh, Virgen Santa,
ya en tierra están!

(Prepáranse alegres para recibir á los Marineros.)

ESCENA II

DICHAS, MATEO, que entra brincando, y luego CORO DE MARINEROS

MATEO La carga y el pasaje
salváronse por fin,
y libre ya en la orilla
se mece el bergantín.
Ahí llegan los valientes,
que á fuerza de luchar
no sé cómo han logrado
que no los trague el mar.

(Entran los Marineros con los trajes mojados, escurriendo el agua de algunas prendas. Abrazan á las mujeres y a los niños.)

MARIN. Tras la penosa
ruda faena,
justo es que un trago
nos fortalezca.
Tráenos, Mateo,
ron ó Ginebra,
que á nuestra sangre
calor devuelva.

MUJERES Tráeles, Mateo,
ron ó Ginebra,
que al frío cuerpo
calor devuelva.

(Mateo les sirve de beber.)

MARIN. Bebamos, sí, bebamos.

MATEO Bebed, bebed,
que bien, valientes,
lo merecéis.
¡Bebamos todos!

MARIN. ¡Bebamos, pues!

MUJERES ¡Bebed, bebed!

(Beben todos después de chocar los vasos.)

—

MATEO (A las mujeres, que le rodean.)
Para ser marinerito
no he nacido yo;
hombre soy de tierra firme,
pero de agua no.
Me embarqué por broma un día
en que fuí á pescar,
y pesqué sólo un mareo
más que regular.

—

De pensarlo sólo
no sé qué me da.

CORO ¡Já, já, já! (Riendo y haciéndole burla.)

MATEO Tengo todo el cuerpo
alterado ya. (Como sintiéndose mareado.)

CORO ¡Já, já, já!
sólo al recordarlo

alterado está;
por temor al agua
no se lavará.
¡Já, já, já!

—

MATEO Del horror que tengo al agua
puedo asegurar
que si no hay otro diluvio
yo no me he de ahogar.
Y de fijo, aun cuando lo haya,
yo me salvaré
si para los animales
hay otro Noé.

—

¡Con el balanceo
qué sudor me dá!
CORO ¡Já, já, já!
MATEO De pensarlo sólo
estoy malo ya.
CORO ¡Já, já, já!
Puede asegurarse
que no se ahogará.
¡Já, já, já!
Sólo de pensarlo
mareado está.
¡Já, já, já!

ESCENA III

DICHOS, ROBERTO, en traje de pescador; MARGARITA que sale por la puerta derecha

MARIN. (Que abren paso al verle.)
Aquí está el mancebo
valiente y audaz
que sabe á los mares
la presa arrancar.
Hoy todos anhelan
tu mano estrechar,
y de camarada
el nombre te dan.

ROBERTO Mil gracias, amigos.
(Estrecha la mano de todos.)
MATEO (Ofreciéndole su vaso.)
Un trago por mí.
(Roberto lo apura de un sorbo)
MUJERES ¡Es ya todo un hombre!
ROBERTO ¡Pues claro que sí!

—

TODOS ¡Honor al mancebo
valiente y audaz,
que sabe á los mares
la presa arrancar!

—

ROBERTO Hijo soy del mar salobre,
y una barca fué mi cuna.
¿Qué me importa á mí ser pobre
si él me brinda una fortuna?
Las riquezas de su fondo
yo, atrevido, he de buscar,
que en su seno, turbio y hondo,
mil tesoros guarda el mar.

—

¡Que, airado, el viento ruja,
y silbe en derredor;
que, roto el mástil, cruja
al golpe destructor;
que estalle la tormenta,
que brame el huracán,
ni el rayo me amedrenta,
ni temo á la mar!
CORO ¡Que estalle la tormenta,
que brame el huracán,
ni el rayo le amedrenta,
ni teme á la mar!

—

ROBERTO De la mar al golpe blando,
que la borda con su espuma,
mi barquilla va bogando
más ligera que una pluma.
Mientras yo dejando el remo,

perezoso, descansar,
voy tranquilo y nunca temo
las traiciones de la mar.
Que, airado, el viento ruja, etc.
CORO — Que estalle la tormenta, etc.

Hablado

MARIN. 1.° ¡Bravo, muchacho!
MARIN. 2.° ¡Es un hombre!
PESC. Hoy bien ha probado serlo.
MARIN 1.° ¡A tu salud!
ROBERTO Vaya en gracia.
MATEO (Ofreciéndole un vaso.)
¡Bebe otro trago!
ROBERTO Lo acepto.
Ya que me mojé por fuera,
justo es mojarme por dentro.
MARIN. 1.° Y que el chapuzón fué grande.
MARIN. 2.° ¿Que si lo fué? ¡Ya lo creo!
MARIN. 1.° Bien se ha trabajado, bien.
PESC. Y gracias á los esfuerzos
de todos, el bergantín
fondeado está ya en el puerto,
los tripulantes en salvo,
en tierra los pasajeros,
la carga sin averías,
y el capitán satisfecho.
MATEO No sé cómo hay quien se embarque
para correr tales riesgos.
¡Dios nos libre de la mar!
PESC. ¡Habráse visto el zopenco!
MATEO ¡Pues me gusta!
ROBERTO Se conoce
que tú eres de tierra adentro.
MATEO Lo más adentro posible.
No ví más agua en mi pueblo
que la de un arroyo chico
que en el verano está seco,
y que lleva, cuando más,
tres cuartillos en invierno.
PESC. (A Roberto.)
Y el bergantín, que pensábamos

que había entrado en el puerto
por arribada forzosa...

ROBERTO Claro está.

PESC. Pues nada de eso.
Venía para dejar
en tierra á ese pasajero
que has salvado tú y que dicen
que del bergantín es dueño.

ROBERTO (A Margarita.) ¿Y cómo sigue?

MARG. Está bien;
ha dormido. Hace un momento
ya quería levantarse,
pero Angela se ha opuesto.

ROBERTO ¿Está á su lado?

MARG. Sí.

ROBERTO Entonces...

MARG. ¿Qué?

ROBERTO Volveré á verla luego.

MARG. ¿Quiéres que la llame?

ROBERTO No.

MARG. Cuando sepa lo que has hecho,
qué orgullosa va á ponerse.

ROBERTO ¡Ba! ¿Que vale todo ello?
Me voy á ver á mi madre,
que estará inquieta, temiendo
que me haya ocurrido algo,
y antes que anochezca vuelvo.
¡Felices tardes!

PESC. Espera.
Vamos con él, compañeros;
sepa la infeliz baldada
que dejó aquí un heredero
digno en todo de su nombre,
su padre, que está en el cielo.

TODOS Vamos, sí.

MARIN. 1.º Bien lo merece.

ROBERTO ¡Oh, gracias! (Conmovido.)

MARIN. 1.º ¡Viva Roberto!

(Dan todos un viva, y hombres y mujeres siguen á Roberto, que se va por el foro izquierda.)

Música

Honor al mancebo
valiente y audaz
que sabe á los mares
la presa arrancar.

ESCENA IV

MARGARITA y MATEO

Hablado

MATEO Ese muchacho no es un muchacho, es un salmonete.

MARG. Ea, voy á ver cómo sigue el náufrago.

MATEO A estas horas estaría con la barriga bien hinchada si no hubiera sido por el arrojo de Roberto.

MARG. Eso dicen todos.

MATEO ¡Si le hubiérais visto! No hay oro con qué pagar un valor semejante. Un golpe de mar había arrebatado al pasajero de la cubierta del bergantín, y aunque se conoce que es buen nadador, sea por la fuerza del oleaje, que era terrible, sea porque el deseo de conservar la caja que llevaba bajo el brazo sólo le permitía nadar con uno, es lo cierto que vimos al hombre desaparecer desfallecido entre las olas. Gritamos todos, pero ninguno se atrevía á salvarle. Tirarse al agua era perecer con él. De pronto, ese muchacho se ata por aquí (Señalando debajo de los brazos.) un calabrote, lánzase al mar con una bravura de que no hay ejemplo, y después de hundirse muchas veces le vimos llegar á tierra nadando jadeante y remolcando con su propio cuerpo el del otro, que apenas pisó la arena cayó sin sentido y medio muerto. Prorrumpimos todos en vítores y palmadas, y yo os aseguro que no había ojos que no llorasen y que... al recordarlo ahora, se me llenan de agua los míos. (Enjugándoselos.)

MARG. ¡Valiente es el mozuelo! Bien merece que Angela le quiera.

MATEO ¡Ya lo creo! Pero veréis en lo que para tal amor. El día que el señor Simón lo descubra, se armará aquí la de Dios es Cristo. El soñará, en su avaricia, casar á la muchacha con algún ricachón que le traiga montes de oro.

MARG. ¡Pues hará mal!

MATEO ¡Claro que sí! Más encantadora pareja no puede juntarse.

ESCENA V

DICHOS, EL JUEZ y el PROCURADOR por el foro

JUEZ Buenas tardes.

MARG. Felices, señor Juez; bien venido, señor Procurador.

MATEO (Pajarracos de mal agüero.)

MARG. ¿Cómo es esto? Yo os hacía ya camino de Ploermel.

JUEZ La carretera se ha puesto intransitable con la lluvia, y preferimos esperar á mañana para emprender el viaje.

MARG. Bien pensado; pero os aconsejo que lo hagáis por la mañanita, pues á la tarde es casi seguro que volverá la tormenta.

PROC. ¿Sí, eh?

MARG. Ocurre en estos países montañosos. Generalmente siete días seguidos y á la misma hora, poco más ó menos, se reproduce la tempestad.

JUEZ Pues es divertido. (A Margarita.) Venga un jarro de cerveza. ¿No os parece bien, señor Procurador?

PROC. Aceptado.

MARG. Mateo, sirve á estos señores. (Se sientan en primer término y Mateo les sirve.) ¿Y cuándo tendremos el honor de volver á veros por aquí?

JUEZ Pronto acaso. El pueblecillo es muy pintoresco, y tal vez con mi familia venga á pasar las vacaciones veraniegas.

MARG. Mucho lo celebraremos.

JUEZ Si antes mi deber no me obligase de nuevo á visitaros.

MARG. ¡Dios no lo quiera! Aterrado está el pueblo de haber visto la ejecución. Es la vez primera que se ha levantado aquí el cadalso. —¡Pobre hombre!

JUEZ Bien hacéis en compadecer al delincuente; pero la justicia ha cumplido con su deber.

MARG. ¡Ya lo creo! ¡Con qué menos que con la vida podía pagar ese hombre, que mató á su esposa en un arrebato de cólera, sin más motivo que una cuestión de esas que hay todos los días en los matrimonios!

MATEO Por eso yo no me caso.

MARG. A mi amo le han hecho tal impresión el crimen y la ejecución de la sentencia, que piensa, según dice, condenar la puerta de la estancia que ha servido de prisión al reo, y derribar los tabiques para que no quede ni memoria del sitio.

PROC. Verdaderamente debían habilitar en el pueblo una casa cualquiera para que sirviese de cárcel. Es raro que con tantos vecinos no la tenga.

MARG. Ni falta que nos hace, señor. Felizmente en toda mi vida no recuerdo que se haya cometido más crimen que el expiado ayer por ese infeliz.

JUEZ De otro bien horrible me han hablado, que por cierto quedó impune.

MARG. ¡Ah, sí! Pero de eso hace ya muchos años, y como no se dió con el asesino, la cárcel no fué necesaria.

JUEZ Ayer me lo refirió el señor cura.

PROC. ¿Y qué fué ello?

JUEZ Un asesinato cruel, con circunstancias bien extrañas por cierto.—Figuráos que hará unos veinte años llegó á este pueblo un comerciante que regresaba de la feria de Ploermel y alojóse en esta misma hostería. Según los que le vieron, traía mucho dinero ganado en la feria, donde vendió todas sus mercancías, y pensaba embarcarse para la Gas-

cuña, su país. La mujer se le había muerto en el viaje, y llevaba consigo una niña muy pequeña.

PROC. ¡Pobre criatura!

JUEZ Pasó aquí el día, hasta que al anochecer se desató una tempestad más grande que la de hoy, pues que duró hasta la madrugada.

MARG. Es muy cierto; lo recuerdo perfectamente.

JUEZ El barco en que había de ir el comerciante debía darse á la vela aquella noche, y él, deseoso sin duda de aguardar á bordo el momento de marchar en cuanto el tiempo serenase, salió de aquí con la niña, apenas anochecido, resguardándose de la lluvia y llevando un maletín con el dinero. A la mañana siguiente, los primeros que bajaron á la playa lo encontraron muerto sobre la arena, con cinco puñaladas en el pecho y despojado de cuanto llevaba. La criatura dormía junto al cadáver de su padre.

PROC. ¡Qué horror! ¿Y no se supo quién había sido el infame?

MARG. Sí, señor.

JUEZ Un mozo de este pueblo, huérfano de padre y madre, vago de oficio, pendenciero y mala cabeza, que debía embarcarse aquella noche para las Indias, á donde iba en busca de fortuna.

MARG. Exactamente.

JUEZ Por la tarde estuvo bebiendo aquí, y según dicen, vió al comerciante que contaba su dinero. Le cegó la codicia sin duda; esperó á que saliera, y aprovechándose de la obscuridad de la noche, le asesinó, robándole luego, y se embarcó en el buque, que zarpó al romper el alba, cuando ya estaba en calma la mar y aún se ignoraba el crimen.

PROC. Todas las circunstancias le favorecieron; pero, ¿cómo se averiguó que fuera él?

JUEZ Un cuchillo que dejó clavado en la herida y que era suyo, sus malos antecedentes y

mil otras pruebas que fueron hallándose en el curso del proceso, convencieron al tribunal, que le condenó á muerte en rebeldía.

MARG. Sí, señor; y en vano se enviaron requisitorias en su busca. El capitán del buque que lo llevó dijo que había desembarcado no sé dónde... y hasta hoy. No han vuelto á tenerse más noticias.

JUEZ Acaso haya pagado por allá su crimen.

PROC. ¿Y la hija del asesinado?

JUEZ ¡Ah! ¿No sabéis quién es?

PROC. Yo, no.

MARG. Angela, la ahijada de mi amo.

PROC. ¿Esa linda joven que nos ha servido á la mesa estos días?

JUEZ Esa.

MARG. El señor Simón, compadecido de ella, la prohijó y se la trajo con él.

PROC. Acción meritoria, digna de un hombre tan honrado.

MARG. Y no parece sino que la bendición de Dios vino sobre la casa desde que la niña entró en ella. Hasta entonces el señor Simón había vivido humildemente con lo poco que le daba la hostería, pero desde que tuvo á su lado ese ángel del cielo, los negocios le fueron mejor, y ganando, ganando, ha llegado á ser el más rico del pueblo.

JUEZ ¿Sí, eh?

MATEO ¡Ya lo creo! Sacando las entrañas á todos los infelices que necesitan dinero y se lo piden prestado.

MARG. ¡No digas eso! El hace muchos beneficios...

MATEO Sí; por eso le aborrecen todos.

JUEZ Es muy frecuente pagar los favores con la ingratitud.

MATEO Si tiene una avaricia que lo consume.

MARG. Debieras ser más tolerante con los defectos del amo que te da el pan.

MATEO Si me lo regalara, justo que sí; pero como trabajo más que puedo para ganar una miserable soldada...

MARG. Basta de murmuración.

JUEZ Pues él avaro será, y de ello tiene ciertamente fama por el pueblo, según he oído, pero no lo demuestra el hecho de haber levantado á expensas suyas esa ermita que esta mañana visitamos, dedicada al Arcángel San Miguel.

MARG. En ruinas estaba y él la reedificó, gastándose en ello muy buenos doblones.

MATEO Yo creo que no lo hizo por devoción al santo, sino al demonio que tiene á los piés.

MARG. Quita de ahí, mala lengua.

MATEO ¡Claro, como que digo las verdades!

JUEZ (Levantándose.) ¿Y por dónde anda el señor Simón?

MATEO Estará encerrado en su cuarto, como siempre que hay tormenta.

JUEZ ¿Es posible?

PROC. ¿Cómo es eso?

MARG. Le produce tal espanto, que apenas oye los primeros truenos, se esconde atemorizado, pálido y lleno de terror.

JUEZ ¡Es extraño en un natural de este país, donde las tempestades son tan frecuentes!

MATEO Pues no sale de su habitación aunque lo maten hasta que el cielo se serena. Y todo eso es pequeñez de alma. A mí, como la tengo tan grande, no hay nada en la tierra que me asuste.

MARG. ¡Qué valiente! ¡Y no se atreve á embarcarse de miedo á la mar!

MATEO Por eso digo que no me asusta nada *en la tierra*. Con el agua no quiero bromitas.

JUEZ Vamos arriba, señor Procurador, y guardaremos todos aquellos papelotes.

PROC. Como gustéis.

JUEZ Cuando sea hora, que nos suban la cena. Hoy nos acostaremos temprano, y mañana, siguiendo vuestro consejo, emprenderemos de madrugada nuestro viaje.—¡Ah! No os olvidéis de enviarme la cuenta de nuestros gastos.

MATEO El amo ha dado orden de que no se os cobre nada.

JUEZ ¡Extraordinaria generosidad! Y luego dirán que el señor Simón no es desprendido.

MATEO ¡Ah! Sí. Siempre hace lo mismo con la gente de justicia. En la casa no se cobra nunca ni aun lo que beben los gendarmes cuando pasan por el pueblo.

JUEZ Exagerada consideración á los representantes de la ley.

MATEO Sí. (O miedo.)

JUEZ (Al Procurador) ¡Vaya, si se empeña en no cobrarnos el hospedaje, haremos cualquier obsequio á su ahijada!

PROC. Como dispongáis.

JUEZ Quedad con Dios. (El Juez y el Procurador suben por la escalera y entran por la puerta derecha.)

MARG. Con él vayáis, señores.—Tú, anda á poner en orden la bodega en tanto que yo veo cómo sigue el náufrago. Y guárdate otra vez de hablar delante de gente como lo has hecho de nuestro amo.

MATEO Está bien; cerraré el pico; pero lo que es para mí, ese viejo es un bribón de siete suelas. Así, clarito. (Vanse Mateo por la izquierda y Margarita por la derecha.)

ESCENA VI

SIMÓN, que abre la puerta izquierda de la galería, sale á ésta, observa el cielo á través de los cristales y baja luego lentamente á la escena

Música

La lluvia ha cesado,
aléjase el trueno;
el cielo nublado
se torna sereno.
Pasó la tormenta,
la mar está en calma;
¿por qué tan violenta
se agita mi alma?
¿Por qué, por qué—¡ay de mí!

eternamente ruje
la tempestad aquí?
(Poniéndose la mano sobre el corazón.)

—

La luz de los relámpagos
que rápida fulgura
con resplandor fatídico,
me llena de pavura,
y escucho de la víctima
los ayes exhalar
del aire entre las ráfagas
que gimen al pasar.

—

Hirviente se alza indómito
el mar embravecido,
suspenso deja el ánimo
su aterrador mugido.
¡Y el trueno, derrumbándose,
me dice desde allí
que Dios su justa cólera
desata contra mí!

—

(Tembloroso y aterrado, se deja caer sobre uno de los bancos.)
Ya el trueno apagado
más lejos resuena;
el viento ha callado,
la mar se serena.
Volvió la alegría;
renace la calma,
lo mismo que el día
serénese el alma.
¿Por qué, por qué temblar?
El cielo está sin nubes,
azul está la mar.
¿Por qué temblar?
(Vase. Apenas ha salido por el foro, aparece en la puerta Roberto, que se detiene allí, viéndole marchar. Cesa la música.)

ESCENA VII

ROBERTO, luego ÁNGELA

Hablado

ROBERTO Marchose el viejo. ¡Bien haya
esa ocurrencia bendita!
Se dirige hacia la ermita...
Irá á rezar. ¡Con Dios vaya!
ANG. ¡Roberto!
ROBERTO ¡Gracias á Dios
que al fin me veo á tu lado!
Mira, el viejo se ha marchado,
solos estamos los dos.
La ocasión tan esperada
llegó de poderte hablar...
ANG. No te debiera escuchar;
me tienes muy enojada.
ROBERTO ¿Enojada tú? ¿Por qué?
Y yo que tan satisfecho...
ANG. Porque sé lo que hoy has hecho.
ROBERTO ¿Qué sabes?
ANG. Todo lo sé.
Roberto, fué una imprudencia.
¿Si acaso mueres allí,
qué hubiera sido de mí?
ROBERTO ¡Pues me gusta la ocurrencia!
Dirías seguramente
en medio de tu dolor:
¡bien merecía mi amor!
¡se portó como un valiente!
ANG. Tu noble audacia y tu brío
yo ver tranquila no puedo.
ROBERTO ¿Cómo he de tenerle miedo
al mar, que es amigo mío?—
Junto á su orilla nací,
en sus rocas me crié,
con sus arenas jugué,
sobre sus olas crecí.
Cuando mi niñez corría,
aun con la mar dura y brava,
yo á mi padre acompañaba

alegre en la pesquería,
y mi mano pequeñuela
supo en más de una ocasión
mover el tosco timón
y amainar la hinchada vela.
A bordo aprendí á rezar,
y más alto á Dios comprendo
su inmensa grandeza viendo
en la grandeza del mar.
Allí, escuchando el rumor
de su oleaje espumoso,
sentí el dulce y misterioso
primer impulso de amor.
Sobre el hirviente oceano,
en dura tabla tendido
y por sus olas mecido
en las noches de verano,
contemplando las estrellas
el sueño al fin me rendía
y á veces... me parecía
que te divisaba entre ellas.

ANG. ¡Roberto!

ROBERTO Bien mío, dí,
¿por qué de mí estás quejosa?

ANG. ¡Tonto! Si estoy orgullosa
de que me quieras así.
¡Oyéndoles relatar
tu arrojo y tu valentía,
entre el miedo y la alegría
cuánto me has hecho llorar!

ROBERTO ¿Y el náufrago?

ANG. Lo he dejado
hace un momento dormido.
Y ya le dije que ha sido
mi novio quien le ha salvado.

ROBERTO No has hecho bien.

ANG. ¿Por qué no?
Cualquiera se lo diría...

ROBERTO ¿Qué necesidad tenía
de saber que he sido yo?

ANG. Él ninguna, mas yo sí.
Eres un valiente y quiero
que lo sepa el mundo entero...
¡Y que lo sepa por mí!

Música

ROBERTO ¡Angela mía,
mi dulce encanto!
ANG ¿Por qué, Roberto,
te quiero tanto?
ROBERTO Tú eres mi vida.
ANG. Tú mi tesoro.
ROBERTO ¡Cuánto te quiero!
ANG. ¡Cuánto te adoro!
ROBERTO ¡Tú no me quieres
como yo á tí!
ANG. ¡Ay! ¡Demasiado
sabes que sí! (Roberto va á abrazarla.

—

ANG. Por Dios, no venga el viejo.
ROBERTO No viene, no.
Y si viene le digo que te adoro
y se acabó. (En un arranque de energía.)

—

¿Cuándo, duce paloma,
lucirá el día
en que pueda llamarte
esposa mía?
ANG. ¡Cuándo será el momento
tan venturoso,
en que llamarte pueda
querido esposo!

—

ROBERTO ¡Porque ello al cabo,
hemos de ser,
yo tu marido,
tú mi mujer.
ANG. Pues si ello tiene
que suceder,
que sea lo antes
que pueda ser. (Con ingenuidad.)

—

LOS DOS Cuando eso llegue
á suceder,
¡oh, qué dichosos
podremos ser!

—

ANG. Cuando en las noches del estío
azul y blanca esté la mar,
juntos iremos, dueño mío,
á navegar.
Allí, en alegres barcarolas,
cantar podremos nuestro amor,
entre el arrullo de las olas,
halagador.

ROBERTO ¡Con cuánto afán que llegue ansío
el dulce instante en que cruzar,
preso en tus brazos, angel mío,
la verde mar.
Yo escucharé tus barcarolas,
alegre cántico de amor,
entre el arrullo de las olas
murmurador.

—

ANG. ¡Solos, enmedio
del ancho mar,
qué dulces noches
se pasarán!

ROBERTO Cuando te lleve
sobre la mar,
¡oh! ¡qué orgullosa
mi barca irá!

—

¡Tú con un remo,
con otro yo,
así abrazados
bogar los dos!

—

(Cogiéndola con el brazo derecho por la cintura, mientras con la mano izquierda figura remar. Angela hace lo mismo)

ANG. Tú con un remo,
con otro yo, etc.

(A la última nota del duo, Roberto estrecha á Angela entre ambos brazos, á tiempo que aparece en la puerta del foro Simón.)

ESCENA VIII

DICHOS, SIMÓN

Hablado

SIMÓN ¡Oh! ¿Qué es esto?
ANG.
ROBERTO } ¡Ay! (Separándose.)
SIMÓN ¡Vive Dios!
¡Háse visto el atrevido!
(¿Cómo yo no he comprendido
que se querían los dos?)
(Indica á Angela con un ademán que se retire. Ella se va por la derecha.)
ROBERTO Señor... yo...
SIMÓN Silencio; vete
y no vuelvas por acá.
¡Pues me gusta! ¿Qué se habrá
figurado el mozalvete?
ROBERTO Oídme.
SIMÓN ¡Y aún se propasa!
Haz el favor de marcharte
y no me obligues á echarte
á puntapiés de mi casa.
ROBERTO ¡Eh! Poco á poco, eso no.
SIMÓN Yo por tu bien te lo aviso.
ROBERTO Para eso fuera preciso
que lo tolerase yo.
SIMÓN ¿Qué?
ROBERTO Porque sois un anciano
vuestras palabras oí,
pero os advierto que á mí
nadie me amenaza en vano.
SIMÓN ¡Hola! (Que Dios me dé calma).
ROBERTO Ya no he de negarlo, no:

Angela me quiere, y yo
la adoro con toda el alma.

SIMÓN (Conteniéndose.)
No la crié para tí,
y te aconsejo, rapaz,
si quieres vivir en paz,
que no vuelvas por aquí.

ROBERTO ¿No verla más? ¡Ah, señor!
Mil veces morir prefiero.

SIMÓN Está dicho, yo lo quiero
y haré que acabe ese amor.

ROBERTO ¡Como si pudiera ser!

SIMÓN Antes la mato. ¡Hola, hola!

ROBERTO Y Angela es huérfana y sola, (Con decisión.)
y libre para querer.

SIMÓN ¡Vive Dios! Desventurado,
¿qué es lo que diciendo estás?
¿No sabes que la amo, más
que si la hubiera engendrado?
¿No sabes que es el profundo
amor que por ella siento
el único sentimiento
dulce, que gocé en el mundo?
¿No sabes que yo daría
por ella cuanto poseo,
que ella es todo mi recreo,
que ella es toda mi alegría?

ROBERTO ¡Lo sé, y por esa razón
como á su padre os venero: (Arrodillándose.)
mas ved que también la quiero,
con todo mi corazón!

SIMÓN ¡Basta, levántate y largo!
no des con mi calma al traste.
De todo lo que pensaste
ya me voy haciendo cargo.
Tú has dicho: el señor Simón
más herederos no tiene;
esta niña me conviene,
es muy buena proporción.
Viviré sin trabajar ..

ROBERTO ¿Cómo? (Sorprendido.)

SIMÓN Eso es lo que pretendes.

ROBERTO ¡Decís?... (Turbado.)

SIMÓN Ya veo que entiendes

la aguja de marear.
¡Pero es en balde, chiquillo;
renuncia á ilusión tan bella;
(Riendo sarcásticamente.)
eres poco para ella!
¡Vete, vete, mendiguillo!
(Riendo siempre y mirándole con el mayor desprecio. Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

ROBERTO, luego ANGELA, que sale apenas desaparece SIMÓN y se acerca poco á poco á Roberto

ROBERTO ¿Qué es esto? ¡Aturdido estoy!
¿Cómo he escuchado con calma?...
¡Ay, Dios mío de mi alma,
qué desventurado soy!
¡Angela! (Viéndola junto á sí.)
ANG. Todo lo oí.
ROBERTO Entonces nada te digo;
ya lo ves, soy un mendigo,
no debo pensar en tí.
ANG. ¡Oh! calla, calla por Dios!
Yo seré tu compañera.
¿Qué importa que él no lo quiera
si lo queremos los dos?
ROBERTO No.
ANG. ¿Qué?
ROBERTO Yo quise aspirar (Con amargura.)
solamente á tu riqueza;
él lo ha dicho con franqueza,
otros lo pueden pensar
y es fuerza que determine
algo, y á ello estoy dispuesto
para no dar ni aun pretexto
á que nadie lo imagine.
ANG. ¿Qué intentas?
ROBERTO Yo bien lo sé;
¿quiere ese viejo inhumano
que aquel que aspire á tu mano
sea rico?... ¡Pues lo seré!

(Cogiendo de la mano á Angela.)
Allá, tras las crespas olas
de esa mar hirviente y fiera,
tal vez la suerte me espera
en las Indias españolas.
Nada tengo y nada soy;
para esa tierra lejana
zarpa un bergantín mañana...
me alisto en él y me voy.

ANG. ¡Roberto!

ROBERTO La India me ofrece
fortuna de gran valía:
mi padre me lo decía,
quien trabaja, se enriquece.
Pues bien, yo al trabajo rudo
me entregaré con afán:
cuando tus brazos están
aguardándome, no dudo.
¿Juras esperarme?

ANG. ¡Oh! ¡Sí!

ROBERTO Pues juro que volveré.

ANG. Desiste.

ROBERTO No cederé.

ANG. ¡Por tu madre!

ROBERTO No.

ANG. ¡Por mí!

ROBERTO Es en vano que te esfuerces.

ANG ¿Quiéres matarme, Roberto?

ROBERTO Todo es inútil, te advierto
que mi voluntad no tuerces.
—Piensa que tengo razón,
que para mí es humillante
siendo pobre, ser tu amante...

ANG. ¡Calla!

ROBERTO ¡Y el señor Simón
ha dicho bien... por ahora
soy muy niño, aunque te adoro!
(Conmoviéndose gradualmente.)
Ya ves... yo me aflijo y lloro...
y un hombre... ¡un hombre no llora!
Estoy bien resuelto, sí.

ANG. ¿Y si mueres por allá?

ROBENTO Creo que no faltará
quien me llore por aquí.

Mi madre... ¡Rezad las dos!
(No me puedo contener.)
¡Volveré al amanecer
á darte mi último adiós! (Vase llorando.)

ESCENA X

ANGELA, sola

¡Roberto! ¡Escucha! ¡Se vá!
¡Oh, qué idea! Yo sabré...
¡Su madre! ¡Sí, la veré
y ella le convencerá! (Sale corriendo á la playa.)

ESCENA XI

BELTRÁN, por la primera derecha

Música

(Recorre la estancia, sale á la puerta y contempla un momento la playa. Luego canta desde allí la primera estrofa, viniendo después á primer término.)

Salve, costa de Bretaña,
donde nací;
hoy, dejando tierra extraña,
llego hasta tí.
Salve, asilo venturoso
de mi niñez,
anhelando tu reposo
vuelvo otra vez.

—

De tí muy lejos
hallé la suerte,
mas siempre ansiaba
volver á verte.
Y aun cuando ingrata
fuiste conmigo,
costa querida,
yo te bendigo;
que hoy al posar de nuevo

mi pié sobre tí,
la juventud parece
volver á mí.

—

Escuchando el rumor de ese mar
que amoroso mi cuna meció,
siento dulces del alma brotar
los recuerdos que avara guardó.

—

De aquel tiempo que rápido fué
y llevó la ilusión tras de sí,
el encanto de nuevo hallaré
recordando las horas aquí.

—

Tranquilo el pecho
ya no suspira,
que el aire patrio
con gozo aspira,
y aunque tú ingrata
fuiste conmigo,
costa risueña,
yo te bendigo;
que hoy al poner de nuevo
mi pié sobre tí,
la juventud parece
volver á mí.

Hablado

¡Oh! playa donde nací,
mal me recibes á fé;
con tempestad te dejé,
con tormenta vuelvo á tí.
Quiera Dios que al fin tu seno
me ofrezca amor y reposo,
y al pasado tempestuoso
siga un porvenir sereno.—
¡Siento en mí tal alegría!...

ESCENA XII

DICHO y ANGELA, que sollozando se detiene á la puerta

BELT. ¿Quién solloza por ahí fuera?
ANG. ¡Oh! (Sorprendida al verle.)
¡Si es mi linda enfermera!
¿Por qué lloras, hija mía?
ANG. No lloro. (Enjugándose los ojos y procurando sonreir.)
BELT. ¿Cómo que no?
Tus ojos el llanto abrasa.
ANG. No.
BELT. Díme lo que te pasa,
vamos, que lo sepa yo.
ANG. Sin duda un grano de arena,
¡soplaba allí el aire tanto!...
BELT. Nunca es tan copioso el llanto
que no hace brotar la pena.
No finjas así conmigo,
y confiesa sin temor
la causa de tu dolor;
háblame como á un amigo.
ANG. Pues... sí, señor... he llorado...
mucho... (Rompiendo á llorar.)
BELT. Serénate, ven.
(Atrayéndola cariñosamente.)
¿Qué tienes?
ANG. ¡Que se va!
BELT. ¿Quién?
ANG. Roberto, el que os ha salvado.
BELT. ¿Y por qué deja esta playa?
¿Habéis reñido quizá?
ANG. No, señor.
BELT. Entonces ya
haremos que no se vaya.
ANG. ¡Ay! Está muy decidido,
y cuando él quiere una cosa...
BELT. Anímate, niña hermosa,
y cuéntame lo scurrido.
ANG. Mi historia os he relatado:
sabéis que üuérfana soy

y que aquí acogida estoy...
BELT. Sí, sí, ya me lo has contado.
ANG. Pues bien; el señor Simón
poco hace me ha descubierto
conversando con Roberto,
y lleno de indignación
y de sorpresa al saber
que me quería... ¡ay de mí!
le ha despedido de aquí,
prohibiéndole volver.
BELT. ¿De veras?
ANG. Como os lo digo;
y humillándole de un modo...
Yo oculta lo escuché todo,
y le llamó hasta *¡mendigo!*
A él, que tan altivo es,
y que por mí lo sufría,
le dijo que me quería
tan sólo por interés;
y porque no haya quien crea
que es cierto, á la India se vá,
y de allí no volverá
mientras que rico no sea.
Yo esperarle he prometido,
y lo cumpliré, eso sí.
BELT. ¿En dónde está?
ANG. Vedle allí,
(Señalando á la playa.)
triste el pobre y abatido.
Por más que quiere tener
energía para el paso,
piensa como yo que acaso
no nos volvamos á ver.
BELT. ¡Díle que venga!
ANG. Voy, pero...
Si le vieran...
BELT. No hay cuidado;
si soy yo quien le ha llamado.
ANG. ¡Roberto! ¡Ven, ven ligero!

ESCENA XIII

DICHOS y ROBERTO, que á la puerta se dctiene

ROBERTO ¿Qué quieres? Ya estoy aquí.
¡Ah! Señor...
BELT. Pasa adelante.
(Es un muchacho arrogante
y guapo.) (A Angela.)
ANG. (Con ingenuidad.) (¿Verdad que sí?)
BELT. Ven á mis brazos, mancebo.
ROBERTO ¡Por Dios...
BELT. Estrecharte ansío. (Se abrazan.)
Nunca olvidaré, hijo mío,
que la existencia te debo.
ROBERTO Señor, de eso no hay que hablar,
pues ningún mérito encierra;
antes que andar por la tierra,
creo que aprendí á nadar.
BELT. En vano te empequeñeces:
sin tu noble valentía
á estas horas yo sería
alimento de los peces.—
¿Eres huérfano?
ROBERTO De padre.
BELT. ¿Y de oficio?
ROBERTO Pescador.
BELT. (Reparando en el traje.)
¡Y muy pobre!
ROBERTO ¡No, señor!
BELT. ¡Cómo!
ROBERTO ¡Mantengo á mi madre!
BELT. (¡Honrosa altivez!)
ROBERTO Y creo
que de su cariño en pago
con el mío satisfago
cuanto sueña su deseo.
Siempre que salgo á pescar
dejo á la impedida anciana
enfrente de una ventana
por donde contempla el mar.
Allí mi regreso espera,

siguiendo con vista ansiosa
la marcha vertiginosa
de mi barquilla velera;
y al verme volver, erguida
y agitando su pañuelo,
parece un angel del cielo
que me dá la bienvenida.

BELT. Ni de ella te has de apartar,
ni de ésta, que te ama tanto.

ROBERTO ¡Cómo!

BELT. Seca ya ese llanto,
que tu suerte va á cambiar.
En tu alma existe un tesoro
de inapreciable valer;
desgraciado no has de ser
por faltarte un poco de oro.
¡Felizmente rico soy!
Admite, pues, de buen grado
algo de lo que has salvado,
que con el alma te doy.
Así te demostraré
cuánto es mi agradecimiento...
y mi cariño...

ROBERTO Lo siento,
pero... no es posible.

BELT. ¿Qué?

ROBERTO Fuera indigno en mí aceptar
tal dádiva, lo repito.

BELT. ¿Más por qué?

ROBERTO Yo nunca admito
lo que no puedo pagar.

ANG. (¡Ay!)

BELT. (A Angela.) (Su intención es honrada.)
No te brindé el beneficio
en cambio de un sacrificio
que no se paga con nada.
Lo que me atrevo á ofrecer
y que tú aceptar no quieres,
trabajando,—¡joven eres!—
me lo puedes devolver.
(Después de pensar un momento.)

ROBERTO ¿Pensáis que es posible?

BELT. ¡Claro!
y sabiendo la intención

debiéras, en mi opinión,
aceptarlo sin reparo.

ROBERTO Trabajar... ¡Bien puedo, sí!

BELT. Tan sólo en ese concepto
te lo daré.

ROBERTO Pues... lo acepto. (De pronto.)

ANG. ¡Ah!

ROBERTO ¡Por mi madre... y por tí!

ANG. ¡Gracias!

BELT. (¡Qué alma tan hermosa!)
Muy en breve el santo lazo
os unirá. ¡Dá un abrazo
á la que ha de ser tu esposa!
(Le empuja hacia donde está Angela, y ésta y él se abrazan estrechamente á tiempo de aparecer Simón.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SIMÓN

Música

ROBERTO ¡El!

ANG. ¡Virgen santa!

SIMÓN ¡Ah! ¡Vive Dios! (Yendo iracundo hacia ellos.)

BELT. ¡Yo les amparo! (Anterponiéndose.)

SIMÓN ¿Y quién sois vos?

—

BELT. Un hombre soy que debe
la vida á este rapaz,
que despreció la suya
por socorrerme audaz.
Fortuna y existencia
por él del mar salvé,
haciéndole dichoso
mi deuda pagaré.

—

Y como en esta niña
cifró su dicha toda,
dispuesto á darle gusto,
protejeré su boda.

En vano es oponerse,
pues lo he resuelto ya,
y pese á quien pesare
con ella casará.

—

SIMÓN ¡Já, já, já, já,
risa me dá!

BELT. Reid, reid,
cuanto queráis.

—

SIMÓN Vos ignoráis, sin duda,
que si él quiere á la chica,
por cálculo es tan sólo,
pues la supone rica.

ROBERTO A ultraje tan villano,
ni aun quiero contestar.

SIMÓN ¡Ya véis, el miserable
se tiene que callar.

ROBERTO (Por tí tan vil ofensa, (A Angela.)
me atrevo á devorar.)

ANG. (Tu inmenso sacrificio
mi amor sabrá apreciar.

—

BELT. Yo de las Indias
traigo un tesoro;
puedo á este chico
pesar en oro.
Para él respeto
de vos exijo:
padre no tiene,
yo le prohijo.
Y si os parece poco,
no dudo ya,
¡todo cuanto poseo
suyo será!

—

ROBERTO ¡Cómo pagar, Dios mío,
tanta bondad!

ANG. ¡Mi alma de afecto llena
gracias os dá!

—

SIMÓN — Siendo tan generoso,
fuerza será ceder.
BELT. — ¿Luego asentís gustoso?
SIMÓN — ¿Pues qué he de hacer?

—

¡Ah!

(Beltrán hace unirse á Roberto y Angela, que se abrazan.)

ROBERTO Y ANG. — El alma mía enamorada
despierta en mágica explosión,
y con su fuerza arrebatada
gozoso late el corazón.

—

BELT. — ¡Linda pareja enamorada!
(Contempláncolos con placer.)
¡Oh! ¡cuánto goza el corazón
viendo su dicha asegurada
al sólo anuncio de su unión!
SIMÓN — (Mirando á Beltrán.)
¿Por qué me turba su mirada?
¿Por qué se agita el corazón
y á mi memoria conturbada
acude fúnebre visión?

—

ROBERTO — A ver voy á mi madre, (Separándose de Angela.)
que ya mi ausencia llora.
Dejad, señor, que bese (A Beltrán.)
su mano bienhechora.
(La besa. Beltrán le coge, y atrayéndole hacia sí, le abraza á él y á Angela, formando grupo.)
BELT. — ¡Fortuna y alegría
el cielo os quiera dar,
y así será la mía
vuestra felicidad!

—

¡Ah!

ROBERTO Y ANG. — El alma mía enamorada, etc.
BELT. — Linda pareja enamorada, etc.

SIMÓN (Contemplando el grupo.)
¿Por qué me turba su mirada? etc.

—

ROBERTO ¡No cabe en mi alma la alegría!
Adiós, mi noble protector.
¡Hasta mañana, vida mía!
Con Dios quedad, señor Simón.

—

ANG. ¡Adiós!
SIMÓN ¡Adiós!
BELT. ¡Adiós!
(Beltrán se acerca á Simón, en tanto que Roberto á Angela, ya cerca del foro.)
¡Gocemos en la dicha de los dos!
ROBERTO ¡Adiós!
ANG. ¡Adiós!
(Roberto le da un beso, á cuyo sonido se vuelven Simón fosco y Beltrán risueño. Angela se queda ruborizada. Roberto se despide desde la puerta.)
SIMÓN ¿Eh?
ROBERTO ¡Adiós!
TODOS ¡Adiós!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de la hostería de Simón, á la izquierda. Al foro rocas y el mar. A la derecha cierra el fondo un grupo de acantilados por entre los cuales se supone verse el mar. Las salidas deben hacerse por la izquierda, entre la hostería y las rocas y por el foro entre éstas y la marina.

ESCENA PRIMERA

La escena sola, la hostería cerrada. Aparecen varios grupos de pescadores y mujeres que vienen con los trajes de día de fiesta

MUJERES — Llegad, llegad,
venid, venid;
una alegre alborada cantemos
y así despertemos
á la novia que duerme feliz.

PESC. — Venid, venid,
llegad, llegad;
la doncella que hoy va á ser esposa
despierte gozosa
á la voz de la dulce amistad.

TODOS — Venid, venid,
llegad, llegad.

(Colocándose todos frente á la puerta de la hostería.)

Alborada

CORO — Despierta, niña, despierta,
que el día avanzando vá

y la amistad á tu puerta
alegre llamando está.

—

Abre ya tu ventana,
mira el cielo azul
que pintó la mañana
con hermosa luz;
que la niña que duerma
cuando nace el sol,
de seguro está enferma
ó no tiene amor.

—

Ligera salta del lecho
y de él despídete ya,
que para dos harto estrecho
desde esta noche será.

—

Abre ya tu ventana, etc.

ESCENA II

DICHOS, MATEO, que abre la puerta de la hostería

MATEO Tengan muy buenos días.
CORO ¡Hola, Mateo!
MATEO La novia os agradece
vuestro deseo.
Mas hoy que la despierten
no necesita,
que no pegó los ojos
la pobrecita.
Y es natural,
que en víspera de boda
se duerma mal.
CORO Es natural,
que en víspera de boda
se duerma mal.

—

(Acercándose y rodeando á Mateo. En voz baja.)
¿Y es cierto lo que dicen
de que el padrino

con una gran fortuna
de la India vino?

MATEO — No lo dudéis;
oid un solo instante
y juzgaréis.

—

Ha comprado veinte casas,
las mejores del lugar,
donde quiere, según cuentan,
un palacio edificar.
Y para ir á pasearse
por el mar á su placer,
un navío de tres puentes...
dicen que ha mandado hacer.

CORO — ¡Eso no puede ser!

MATEO — Pues sí que puede ser.
¡Y en fin, después de todo,
ya lo hemos de ver!

CORO — ¡Eso no puede ser!

—

MATEO — Guarda en onzas mejicanas
un inmenso capital
y pepitas de oro puro
de más peso que un quintal.
Piedras finas, no digamos,
pues las tiene en un montón,
y hay entre ellas un diamante...
del tamaño de un melón.

CORO — ¿No habrá exageración?

MATEO — ¡No hay exageración!
Os digo que el indiano
trae un fortunón.

CORO — Sin duda que el indiano
trae un fortunón.

Hablado

MATEO — Nada, nada, os lo aseguro,
que es un hombre poderoso,
y más sencillo y más franco...
Ayer me dijo: «Buen mozo,
»(me hace justicia), tal vez

»pienses en casarte pronto;
»cuando lo decidas, dímelo,
»que yo á la novia la doto.»

MUJER 1.ª ¿Y en cuánto?

VARIAS ¿En cuánto?

MATEO (¿Qué tal?
Ya han abierto cada ojo...)
(Dándose importancia.)
Pues... no lo sé; pero creo
que el dote debe ser gordo.
Conque á animarse, que soy
un partido como hay pocos.
(Desde hoy me van á asediar
las mozas con sus piropos.)

PESC. ¿Y el señor Simón?

MATEO Está
llevado de los demonios.

PESC. Es natural.

MATEO De la usura
vivía ese viejo zorro,
haciendo con el sudor
de los pobres su negocio,
cuando se entera del caso
el viajero, no sé cómo;
va, recoge los recibos,
y entre el general asombro,
«¡Tomad,—dice á los deudores,—
»yo vengo en vuestro socorro;
»á trabajar, ya sois libres,
»ya lo habéis pagado todo!»
Y rompió los documentos
y se quedó tan orondo.

MARIN. 1.º Ha sido un rasgo soberbio.

PESC. Cierto que lo es, pero noto
en la conducta de ese hombre
no sé qué de misterioso.
(Acercánse todos y le oyen con interés.)
Ayer se fué al cementerio
y se encerró con Ambrosio
el enterrador.

MARIN. 1.º ¡Canario!

PESC. Yo le ví entrar, y á muy poco
salió al patio de los muertos,
hizo entonar un responso

al padre cura; rezando
lo escuchó puesto de hinojos;
besó la tierra y después,
levantándose lloroso,
al cepillo de las ánimas
echó tres monedas de oro.

MUJER 1.ª ¡Es extraño!

OTRA ¡Muy extraño!

MATEO Pues yo en él lo encuentro propio;
como es tan bueno, sin duda
queriendo hacer bien á todos,
se ha dedicado á sacar
ánimas del purgatorio.

MARIN. 1.º Lo cierto es que el hombre tiene
un corazón muy hermoso.

MATEO Y ha hecho más bien en tres días
que en toda su vida otros.

PESC. ¡Ya lo creo!

MATEO Y en la boda
veréis hoy si es generoso.
¡Qué regalos!

MUJER 1.ª ¡Buen padrino
han encontrado los novios!
Entremos á verla á ella.

PESC. ¡Y á él á buscarle nosotros!
(Las mujeres entran en la hostería, y los hombres vánse por la izquierda. Música en la orquesta.)

ESCENA III

MATEO, y después MARGARITA

MATEO ¡Estoy más alegre que unas pascuas! Aunque solo fuera por salir de esa hostería, donde tanto se trabaja, y no ver más la cara de buho del señor Simón, y no aguantar sus regaños y sus gruñidos... ¡Digo, y ahora que echará un humor de todos los diablos, viendo que se le ha ido el negocio de entre las uñas! ¡El demonio que lo aguante!

MARG. (Desde la puerta.) ¡Mateo!

MATEO ¿Qué hay?

MARG. Ven acá, que está todo esto en desorden.

MATEO Mejor. (Con tranquilidad y sorna.)

MARG. ¡Pero, muchacho, que haces falta!

MATEO Mejor.

MARG. (Acercándose.) Que el señor va á bajar y se pondrá hecho una fiera.

MATEO Mejor que mejor.

MARG. ¿Te has vuelto loco?

MATEO Más cuerdo no lo he sido nunca. Pero ya estoy harto de servir bien á gente que no sabe agradecerlo.

MARG. ¡Mira que si te oye va á despedirte!

MATEO ¿A mí? ¡Jé, jé, jé!

MARG. ¡Ya lo creo! ¡Le faltarán criados para su casa!...

MATEO Pues puede buscar uno, porque yo hoy mismo tomo soleta.

MARG. ¿Qué dices?

MATEO Que me voy á servir á los recién casados.

MARG. ¡Es posible!

MATEO Que su padrino y mi padrino, y el padrino de todos, porque ese hombre es el padrino de todo el mundo, dijo anoche, dice: «Muchacho, desde mañana cuenta con doble salario del que tienes, y así que se verifique la boda, te vas con los novios á su casa.»

MARG. ¿De manera que me quedo sola con el señor Simón?

MATEO Y añadió: «A Margarita nada le digo porque como ha pasado en la hostería toda su vida, acaso no quiera abandonarla y separarse de su antiguo amo. Sin embargo, si desea venirse con nosotros, también le ofrezco una buena soldada.»

MARG. Yo se lo agradezco, pero no abandono á mi señor. ¡Pobre viejo! Todo esto va á quitarle la vida.

MATEO No se perdería mucho.

MARG. ¡Mateo!

MATEO Pero, descuidad, que cosa mala nunca muere.

ESCENA IV

DICHOS. SIMÓN á la puerta de la hostería

SIMÓN ¡Eh, muchacho! ¡Margarita! Así me gusta; la casa abandonada á toda esa patulea de comadres que se ha colado de rondón, y vosotros mano sobre mano.

MARG. Yo había salido á buscar á éste... (Mal humorado se levanta hoy.) (Entra en la hostería.)

SIMÓN ¿Y tú qué haces ahí?

MATEO Pues... ya lo véis... nada. (Dándose mucha importancia.)

SIMÓN A trabajar, andando.

MATEO Lo que es por ahora... me parece que no estoy dispuesto para eso.

SIMÓN ¿Qué dices?

MATEO Es día de boda y fiesta, me he vestido muy majo y el cuerpo me pide mucho jaleito.

SIMÓN ¡Insolente!

MATEO Y no pienso ocuparme en otra cosa que en bailar y divertirme.

SIMÓN ¡Vive Dios, que ya es mucha falta de respeto! (Yendo hacia él con aire amenazador.)

MATEO ¡Eh! ¡Eh! No hay que alborotarse. Si lo queréis así, bueno, y si no, tan conformes. Ni vos necesitáis de mis servicios, ni yo de vuestra casa. El padrino de los novios, que sabe apreciar á las personas que valen, me ha ofrecido doble salario para que vaya á servirle, y con él me voy y Cristo con todos, y buscad otro infeliz que sufra vuestras impertinencias, que yo ya estoy de ellas... hasta aquí.

SIMÓN ¿Cómo?

MATEO ¡Hasta aquí! (¡Ay! ¡Qué tranquilo me ha dejado este desahogo!) (Entra en la hostería.)

ESCENA V

SIMÓN, solo

¡El infierno se ha desatado en contra mía! ¿Quién es ese hombre que así se goza en mortificarme, que destruye todos mis proyectos, descompone mis negocios y arranca de mi lado á los que antes me querían y respetaban?—Parece mi castigo.—Le odio y le temo.—Su sonrisa me hiela, su mirada me aturde... No he podido resistirla de frente... —Y después, los recuerdos que trae á mi memoria...—¡Bah! Serán sospechas hijas del temor; recelos de mi alma inquieta... Siempre dudando, temiendo siempre...

ESCENA VI

DICHO. BELTRÁN, que llega por el foro, se acerca á él sin ser visto, y le pone la mano sobre el hombro

SIMÓN (Asustado, volviéndose.) ¿Eh?—¡Ah! ¡Sois vos!

BELT. ¡Meditabundo estábais!

SIMÓN Tengo mucho en qué pensar. Que Dios os guarde.

BELT. Escuchad un momento, y hablemos como buenos amigos.

SIMÓN Es difícil.

BELT. ¿Por qué?

SIMÓN No queráis añadir el sarcasmo á las ofensas que me habéis hecho.

BELT. ¿Yo? ¿En qué puedo haberos ofendido?

SIMÓN En cuanto hicísteis desde vuestra llegada. ¡Maldigo la hora en que arribásteis á la playa!

BELT. ¡Y yo con toda mi alma la bendigo!

SIMÓN Sea en hora buena; dejadme en paz.

BELT. No por cierto. La ocasión de sincerarme ante vos no puede ser más oportuna, y he de aprovecharla. Además, tengo que pediros un favor.

SIMÓN ¿Cuál?

BELT. Que asistáis á la boda.
SIMÓN No por cierto.
BELT. Amargaréis la dicha de Angela.
SIMÓN Más acibara ella la mía.
BELT. Pero, en un principio, ¿no accedísteis á que se casaran?
SIMÓN No lo pensé bien. Además, creí entonces que al proteger el amor de esos muchachos teníais una buena intención; luego he visto que os anima contra mí un espíritu de venganza que no acierto á explicarme.
BELT. Es natural; ¿cómo habéis de explicaros un sentimiento que no existe?
SIMÓN Separando á Angela de mi lado, me arrebatáis el solo bien que poseo, el único consuelo de mi vejez.
BELT. Pues quédese el matrimonio á vivir con vos, y así estaréis todos contentos.
SIMÓN No quiero en mi casa á ese mozo insolente y atrevido.
BELT. Y él no querrá, como comprenderéis, vivir separado de su mujercita.
SIMÓN Os habéis propuesto dejarme aislado en el mundo y váis á conseguirlo. (Con amargura.)
BELT. (Cariñosamente.) Vaya, vaya; ni soy yo quien arranca de vuestro lado á esa niña, ni hago otra cosa protegiendo al que va á ser dueño suyo, que llenar de gozo el corazón de ambos, pagar una deuda de gratitud á quien debo mi vida y mi fortuna, y premiar las virtudes de Angela, que en vuestro poder no ha sido muy dichosa. (Bajando la voz.)
SIMÓN ¡Es posible! ¿Tiene alguna queja contra mí? ¿No la he tratado como á una hija?
BELT. En efecto, como hubiérais tratado á una hija vuestra... Todo lo bien que os permite la avaricia que seca vuestra alma.
SIMÓN (Sorprendido.) ¿Ella lo ha dicho?
BELT. De su boca no han salido para vos sino palabras de gratitud y de respeto. De cariño no, porque es difícil que os hagáis querer de nadie.
SIMÓN (Sufro de este hombre ofensas que no toleraría á ningún otro.)

BELT. (Siempre en tono afectuoso.) Desengañáos, señor Simón, yo he venido á tiempo de evitar que en los últimos años de vuestra vida seáis aborrecido de cuantos os rodean. Aún podéis conquistaros su afecto.—Vuestros deudores, redimidos por mí, olvidarán bien pronto la explotación de que fueron objeto, y Angela, feliz al lado de su esposo, alegrará los días de vuestra ancianidad.

SIMÓN (Con ironía.) Por lo visto, aún debiera daros gracias por lo que habéis hecho.

BELT. ¿Quién lo duda? Y yo he de conseguir al fin y al cabo que disfrutéis un goce del cual no tenéis ni la idea más remota.

SIMÓN ¿Cuál?

BELT. El de hacer bien. Delicia no comparable á ninguna otra; placer que vierte en el alma un bálsamo tan dulce como no es posible ni soñarlo.

SIMÓN ¡Ah! Vos pensáis, sin duda, que el hacer bien consiste en solventar las deudas de unos cuantos haraganes, que os pagarán con su ingratitud ese beneficio; llamáis hacer bien á realizar la boda de dos muchachuelos sin experiencia, que van á ser infelices; suponéis que el hacer bien se reduce á regalar trajes y galas á la chica para envanecerla... No conocéis lo que es el mundo; sois demasiado joven.

BELT. Friso en los cuarenta.

SIMÓN Pues estáis haciendo una porción de niñerías y ya recogeréis el pago.

BELT. (Casi suplicante.) En fin, prometedme que asistiréis hoy á la iglesia. (Óyese rumor de gente que llega.)

SIMÓN No autorizo con mi presencia esa unión que considero desatinada. Allí viene tan satisfecho vuestro protegido. No quiero ni verle. ¡Quedad con Dios! (Entra en la hostería.)

BELT. ¡Id con él!—¡Miserable viejo! La dicha ajena le sirve de tortura! Digno es de compasión.

ESCENA VII

DICHOS CORO DE HOMBRES que acompañan á ROBERTO, el cual viste lujoso traje de fiesta. Sale de la hostería el CORO DE MUJERES, y ANGELA, vestida de novia. BELTRÁN baja del foro al proscenio abrazando á Roberto

Música

HOMBRES — En busca de su novia,
que ya le espera,
el novio, engalanado,
contento llega.

MUJERES — En busca de su novio,
que ya la aguarda,
aquí sale la novia
engalanada.

—

ROBERTO — ¡Angela mía!
ANG. — ¡Roberto amado!
Mi buen padrino.
BELT. — ¡Que os guarde Dios!
ROBERTO } ANG. } — Ya llegó el día
tan esperado.
BELT. — ¡Que eterno sea
para los dos!

—

CORO — (Rodeando á los novios.)
Según vieja costumbre (Solemnemente)
del pueblo bretón,
antes que os eche el cura
la bendición,
de todos los amigos
debéis escuchar
consejos saludables
que os quieren dar.
ROBERTO } ANG. } — Podéis empezar,
que ya estamos dispuestos
para escuchar.

—

(Beltrán se retira al foro. Las mujeres, formando semicírculo, rodean á Roberto, y los hombres, en la misma forma, á Angela)

MUJERES Con su mujer muy complaciente
todo marido debe ser.
HOMBRES Debe la esposa humildemente
á su marido obedecer.
MUJERES Si hay disensión, porque no siga,
él es quien tiene que callar.
HOMBRES Diga el maridó lo que diga,
ella no debe replicar.

—

MUJERES Debe el marido cariñoso
ser á su esposa siempre fiel.
HOMBRES Y ella vivir para su esposo
y estar pensando siempre en él.
MUJERES Junto á su esposa todo el día,
un buen marido debe estar.
HOMBRES Y si el marido se extravía...
mucha paciencia y aguantar.

—

TODOS (Ocupando la posición anterior.)
¡Novios felices,
ya lo sabéis,
el cielo os premie
si así lo hacéis!

—

ANG. Vuestros consejos
no olvidaré
y á mi marido
feliz le haré.
ROBERTO Vuestros consejos
no olvidaré
y haré la dicha
de mi mujer.

(Roberto y Angela, pasando de uno á otro lado, quedan al contrario que antes, es decir, él entre los hombres y ella entre las mujeres, que vuelven á formar rápidamente los dos semicírculos. Ambos grupos se estrechan para decir los siguientes versos.)

MUJERES — Mete en un puño (A Angela.)
á tu marido.

HOMBRES — Ten bien sujeta (A Roberto.)
á tu mujer.
Tú no te fies.

MUJERES — ¡Tú ten cuidado!

HOMBRES — ¡Ojo con ella!

MUJERES — ¡Ojo con él!

—

TODOS — Novios felices, etc.

Hablado

MATEO — (Que ha salido de la hosteria momentos antes.) ¡Ea, basta ya de consejos! Al fin y al cabo en cuanto se casan los olvidan y hace cada uno su santísima voluntad.

BELT. — ¡Mateo! Da de beber por mi cuenta á todos los presentes lo más añejo que haya en la casa.

MATEO — Pues adentro todos. Y aunque ya no sirvo en la hostería, como soy el único que sabe los secretos de la bodega, os obsequiaré dignamente en nombre del padrino. Pero antes, y para que rabie el señor Simón, que está allá adentro, démos unos cuantos *vivas* que retumben en toda la costa. (Acercándose con el Coro á la puerta.) ¡Viva el padrino!

TODOS — ¡Viva!

MATEO — ¡Vivan los novios!

TODOS — ¡Vivan!

MATEO — (Que corta la prolongación de cada uno de los vivas con un movimiento á la manera de los directores de la orquesta.) Estas revoluciones pacíficas me llenan de entusiasmo. (Entran en la hostería.)

ESCENA VIII

ANGELA, BELTRÁN y ROBERTO

BELT. — Gracias, hijos míos, muchas gracias.

ROBERTO — Aprecian en lo que vale vuestra generosidad.

BELT. Me la pagan con creces y consigo de esta manera que participen todos de vuestra dicha.

ROBERTO ¡La mía no puede ser mayor!

BELT. Angela, ¿qué es eso? ¿qué tienes?

ROBERTO ¿Lloras?

ANG. Sí, no lo extrañéis; el cielo de mi felicidad se halla hoy empañado por una nube de tristeza.

BELT. ¿Qué es ello?

ROBERTO ¿Qué puede afligirte?

ANG. Cuando me levanté esta mañana, fuí como todos los días á saludar al señor Simón, y no ha querido verme.

ROBERTO ¡Bah! ¿Y eso te desconsuela?

ANG, Yo no puedo olvidar que niña, desvalida y huérfana, me recogió en su casa; que á su lado pasé mi vida entera, y que no he conocido otro padre.—Al unirme á tí contra su voluntad, pensará acaso que soy una ingrata, que olvido los favores que le debo...

BELT. No digas eso. Harto bien te conoce para saber que no cabe en tu pecho la ingratitud.

ROBERTO Y sobre todo, yo te aseguro que antes de mucho ha de querernos á los dos más que antes á tí sola.

ANG. No lo creas. Yo le estimo, yo le respeto, pero conozco que tiene una mala condición: no olvida los agravios.

ROBERTO Oye. Cuando salgamos de la iglesia, después de ver á mi madre, que ya nos aguarda con impaciencia para unirnos en un estrecho abrazo, vendremos los dos á la hostería, nos echaremos á las plantas del señor Simón, y como si en algo le hubiéramos ofendido, le pediremos perdón humildemente.—Yo le haré ver que no he venido á robarte su amor, sino á hacer más grande y duradera la dicha de su hogar; que seré el báculo de su vejez... En fin, le diré tales cosas, que acabará por quererme mucho. ¡Vaya! Pues si me pinto yo sólo para engañar á cualquiera.

ANG. ¿Cómo?

BELT. ¿Eh?

ROBERTO De buena manera, se entiende. Porque, de veras te lo digo, por mucho respeto que le finja y mucho cariño que le aparente, nunca podrá ser santo de mi devoción tu padre adoptivo. Hay en él algo que no me atrae... Ese carácter huraño... ese ceño sombrío se avienen mal con mi genio alegre y bullicioso.

ANG. Si soy yo, y no he podido acostumbrarme en mi vida.—Dame un beso, me dijo algunas veces; no correspondes al cariño que te tengo. Y yo le respondía, besándole en la frente con timidez:—No sé por qué, pero... parece que me dáis miedo. Entonces él me rechazaba con violencia, se ponía más sombrío que antes, y yo me retiraba asustada. Y á solas luego, llorando, decía, reprendiéndome:—Sí, yo debía quererle, debía quererle... y no le quiero.

BELT. Difícilmente recoge cariño quien no sabe sembrarlo.

ROBERTO Yo te ruego que procures alejar esos pensamientos que te entristecen. ¡Todo el tiempo me parece poco para gozar de la ventura que nos sonríe!

BELT. En tí consiste que no se desvanezca.

ROBERTO ¿En mí?

BELT. Tú puedes hacer feliz ó desgraciada á esta pobre niña.

ROBERTO ¿Y dudáis que la haré dichosa?

BELT. No; pero temo que para casado seas demasiado niño.

ROBERTO ¿Niño? Yo os probaré que no.

BELT. ¡Dios lo quiera!—Y, vamos á ver, ¿qué regalo de boda has hecho á Angela? Porque ya sabes que la costumbre obliga al novio á ofrecer un rico presente.

ROBERTO (Cortado.) Pues, yo... la verdad es que...

ANG. A mí me basta con su cariño. Ya me habéis puesto bastante engalanada. ¿Para qué quiero más?

BELT. Sin embargo, ese vestido exige alguna joya; un collar, por ejemplo.

ROBERTO Cierto que sí, y yo la prometo... que con lo primero que gane he de comprárselo.

BELT. Que te agradezca la intención, pero no es preciso. Permite que en tu nombre le ofrezca yo éste. (Enseñándole uno que saca del bolsillo.)

ROBERTO ¡Oh! ¡Qué hermoso es! En mi vida ví cosa que se le parezca.

Música

BELT.
Diamantes brasileños
tan claros como el sol,
te ofrezco, hermosa niña,
en cariñoso don.
Del fondo de la tierra
mi mano los sacó;
que adorne tu hermosura
su mágico fulgor.
(Le da el collar, que Angela contempla un instante

ANG.
¡Oh, qué linda joya!
¡Causa admiración!

ROBERTO
¡Dignas de una reina
tales piedras son!

BELT.
(Dándole un lindo espejito de mano.)
Póntelas, y en este
diáfano cristal,
todos tus encantos
puedes admirar.

ROBERTO ¡Sois muy generoso!

ANG. Gracias mil os doy.

ROBERTO Deja, que yo mismo (A Angela.)
á adornarte voy. (Le pone el collar.)

—

ANG.
(Contemplándose en el espejo.)
Como gotas de fresco rocío
que adornan temblando
la cándida flor,
estas piedras sobre el pecho mío
se agitan brillando
con limpio fulgor.

—

¡En su seno la luz juguetea
con lindos cambiantes
que trueca al azar,
y parece que el sol se recrea
mil chispas radiantes
haciendo brotar!

—

ROBERTO Aunque de su rostro, (A Beltrán.)
fiel ese cristal
todos los encantos
sepa reflejar,
en su hermosa imagen
faltará calor;
viéndose en mis ojos
se verá mejor. (Se acerca á ella.)

BELT. Tiene el jovencillo
celos del cristal
que de su adorada
copia así la faz.
Y á la vez risueño
piensa con amor
que en sus negros ojos
se verá mejor.

—

ROBERTO Aunque de tu rostro, etc. (A Angela.)
Mírate en mis ojos,
te verás mejor.

—

ANG. Yo por tí desprecio
este fiel cristal,
y cuando mi rostro
quiera contemplar,
como tu mirada
llena está de amor,
siempre en esos ojos
me veré mejor.

Hablado

ROBERTO ¡Hermoso es el collar!

ANG. Como yo no podía ni soñarlo. ¡Ah! ¡Con qué podremos pagaros tantos beneficios!

BELT. Con vuestro afecto me considero bien pagado.
ROBERTO Yo no encuentro ya palabras para expresar mi agradecimiento.
BELT. Ni hace falta que las busques. Vaya, se acerca la hora de encaminarnos á la iglesia. Ve á ponerte el velo de desposada.
ROBERTO Tiene razón, y yo, con vuestro permiso, voy á ayudarle á ponérselo.
BELT. Sí, sí; no la dejes sola un momento, no vaya á evaporarse.
ANG. ¿Os burláis?
BELT. ¿Burlarme yo del amor? No, hija mía, no. ¡Benditos los que aman!
ANG. Hasta luego.
ROBERTO Hasta después.

ESCENA IX

DICHOS, el JUEZ, que sale de la hostería

ANG. ¡Ah, señor!
JUEZ Buenos días, felices novios.
ANG. Buenos los tengáis.
ROBERTO Con vuestro permiso, vamos adentro...
JUEZ Id con Dios. (Entran en la hostería.)
BELT. (Acercándose.) Señor Juez, no sabéis cuánto os agradezco el favor de haberos detenido para honrar con vuestra presencia la ceremonia.
JUEZ Yo me complazco en satisfacer ese deseo, y tengo sumo gusto en asistir al enlace de esos buenos muchachos, que os deben su felicidad.
BELT. Creed que la merecen toda. Ella y él tienen un corazón de oro.
VOCES (Dentro.) ¡Que beba! ¡Que cante! ¡Vivan los novios! ¡Viva el padrino!
SIMÓN (Dentro.) Dejadme en paz.
VOCES ¡Que cante! ¡Que cante!

ESCENA X

DICHOS, SIMÓN y CORO que sale tras él y rodeándole

JUEZ ¿Qué algazara es esa?

SIMÓN Os digo que me dejéis.

MATEO ¡Que cante el viejo! (Un poco achispado.)

SIMÓN Para canciones estoy yo ahora.

TODOS ¡Que cante, que cante!

MATEO Así, así, hacedle rabiar.

BELT. Pero, ¿qué es eso?

MARIN 1.º Que no queremos ver á nadie triste cuando todos estamos alegres.

MATEO Sí, demasiado. Me parece que estamos demasiado alegres. ¡Jé, jé!

MARIN. 1.º Vamos, señor Simón, cantadnos alguna cosa de vuestros tiempos.

BELT. Basta ya, dejadle.

SIMÓN No; voy á complacerles. Precisamente recuerdo ahora una antigua balada, que es muy oportuna para lo que se festeja.

VOCES ¡Que la cante!

SIMÓN ¡Allá va! Se llama *el abrazo de los novios.*

TODOS ¡Bravo! (Le rodean y canta.)

Música

SIMÓN

¡Din, don!
¡din dan!
Alegres las campanas
repica el sacristán.
¡Din don!
¡din dan!
La novia es una perla
y el novio es muy galán.

—

El cura los bendice,
colmando así su afán.
¡Din, don!
¡din dan!
Ya salen de la iglesia,

¡qué alegres todos van!
¡Din, don!
¡din, dan!

—

Los dos recién casados,
huyendo de la gente,
dirígense á la mar;
la pálida neblina
envuelve, pudorosa,
la nave donde van.

—

De pronto el mar sereno
desátase iracundo,
y el viento se hace oir;
y á un golpe de las olas,
la novia, arrebatada,
desaparece allí.

—

Tras ella, audaz el novio,
se lanza al mar bravío,
y al fondo juntos van;
y allí los dos se estrechan...
¡qué triste es el abrazo
primero que se dan!

—

¡Din, don!
¡din, dan!
Mañana las campanas
por ellos doblarán.
¡Din, don!
¡din, dan!
Sus cuerpos á la arena
las olas echarán.
¡Din, don!
¡din, dan!

Hablado

(Todos, que al principio de la canción escuchaban alegres, han ido entristeciéndose poco á poco hasta quedar sombríos y cabizbajos.)

MATEO (Gimoteando.) ¡Vaya una canción para alegrar á cualquiera! ¡El demonio del viejo!

SIMÓN (Separándose de ellos.) ¡Jé, jé! ¿No queríais cancioncitas?

MATEO ¡Cuando yo digo que este tío es muy malo!.. (Suenan lejos el tambor y la gaita.)

MARIN. 1.º ¿Oís? ¡La gaita!

MATEO ¡Y el tamborilero!

MARIN. 1.º ¡En danza, muchachos! (Anímanse todos.)

MATEO ¡Viva la alegría! (Vanse hacia el foro, acercándose á Simón.) Aunque haya en el mundo mochuelos, nunca faltarán ruiseñores. (¡Anda, chúpate esa!) (Vase brincando y desaparece con los demás por el foro.)

ESCENA XI

SIMÓN, BELTRÁN y JUEZ

JUEZ Ciertamente, la canción (A Simón.)
es harto triste y sombría
é impropia de la ocasión.

BELT. Nunca la ajena alegría
dió gozo al señor Simón.
Siempre su enemigo fué.

SIMÓN ¿Qué sabéis vos?

BELT. Sí lo sé.

SIMÓN ¿Por referencias quizá?

BELT. ¿Por referencias? No á fe,
que os conozco hace años ya.

SIMÓN ¿Vos?

BELT. Yo, sí. Tanto he cambiado
con el tiempo transcurrido
y vengo tan trasformado,
que, la verdad, no he extrañado
que me hayáis desconocido.
Pero bien seguro estoy
de que, al fin, haréis memoria,

y porque sepáis quién soy,
en pocas palabras voy
á referiros mi historia.

JUEZ Escuchemos.

(El Juez presta atención. Simón escucha con ansiedad.)

SIMÓN (¡Ay de mí!)

BELT. En esta playa nací
de unos padres sin fortuna:
huérfano desde la cuna,
solo en el mundo me ví.
Sin hogar, techo, ni abrigo,
siendo de todo linaje
de orden y freno enemigo,
disfrutaba del mendigo
la independencia salvaje.
Buscando siempre al azar
el cuotidiano sustento,
despreciando el trabajar,
vivía libre y contento
de los despojos del mar.
Y con juveníl ardor,
tanto ansiaba la pelea
en que mostrar mi valor,
que llegué á ser el terror
de la gente de la aldea.
Por mi audacia y bizarría,
el más valiente en la playa
me respetaba y temía...
¡alguno, acaso, no me haya
olvidado todavía!

SIMÓN (¡No!)

BELT. Pasó el tiempo, crecí;
hombre un día me sentí,
capaz de un oficio honrado,
y al verme pobre y menguado
vergüenza tuve de mí.
—Soy joven, dije, soy fuerte,
no tengo miedo á la muerte;
mil á las Indias han ido
y encontrado allí su suerte...
¡Por ella voy decidido!—
Y con el ansioso afán
de los que en su busca van,
dejé esta playa arenosa

una noche tormentosa
en alas del huracán.

SIMÓN (¡El es!)

BELT. La región indiana,
hermosa tierra lejana
que cría en su seno el oro,
al que en buscarlo se afana
da, generosa, un tesoro.
Yo, con ardor sin igual,
rendido más de una vez
al trabajo corporal,
y abrasándose mi tez
bajo el fuego tropical,
gasté, pródigo, mi vida,
pero con fe no abatida
logré colmado el deseo,
y una fortuna poseo
por el trabajo adquirida.
Dueño de ella pensé ya
feliz en volver acá;
de esta tierra me acordaba,
acaso porque pensaba:
¡mis padres duermen allá!
¡Y ayer á su tumba fuí,
y sobre ella, arrodillado,
dulces lágrimas vertí;
ya debo estar perdonado
si en algo les ofendí! (Conmovido.)

SIMÓN (Como haciendo un esfuerzo para convencerse al fin.)
¿Y os llamáis?..

BELT. Claudio Beltrán.

SIMÓN (¡Dios me valga! ¡Soy perdido!)

BELT. Pronto me recordarán,
y mi nombre oscurecido
algunos bendecirán.
Que como Dios me conceda
la quietud apetecida
y á mis deseos acceda,
he de consagrar mi vida
á hacer todo el bien que pueda.

ROBERTO (Asomándose á la puerta de la hostería.)
¡Padrino, padrino!

BELT. ¡Voy!
Conque ya sabéis quién soy:

si útil me juzgáis en algo,
vuestro será desde hoy
cuanto tengo y cuanto valgo.
(Entra en la hostería.)

ESCENA XII

SIMON, JUEZ

JUEZ ¿Estáis temblando?
SIMÓN (Procurando serenarse.) No tal.
(¡Sí, yo lo debo decir!)
(Como si se sintiera desfallecer se apoya en el Juez.)
JUEZ ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Os sentís mal?
SIMÓN Es... sorpresa natural
por lo que acabo de oir.
(Sólo así me salvo yo.)
JUEZ Pero ¿qué os pasa?
SIMÓN (En voz muy baja.) Ese hombre...
¡Ese... es... quien asesinó
al padre de Angela!
JUEZ ¡Oh!
¿Qué decís?
SIMÓN Yo... por su nombre...
Él mismo se ha delatado;
ante vos lo ha pronunciado:
¡Claudio Beltrán!
JUEZ ¡Ah, sí! Ahora
recuerdo. ¿Pero él ignora
que está á muerte condenado?
SIMÓN (¡A muerte!) (Aterrado.) Sin duda, sí.
JUEZ ¿Y cómo la audacia tiene
de presentarse hoy así?
SIMÓN Cierto, mas... (Oyense la gaita y el tamboril.)
JUEZ La gente viene,
retirémonos de aquí.
Hay que probar si es el mismo.
Tal valor y tal cinismo
no se pueden comprender.
SIMÓN (¡Se abre á mis piés un abismo,
pero yo no he caer!) (Vanse por la izquierda.)

ESCENA XIII

CORO general, precedido de los que tocan la gaita y el tamboril. Después BELTRÁN, ROBERTO, ANGELA, MARGARITA y MATEO

Música



CORO — En tanto que los novios
salen acá,
la alegre cornamusa
vuelva á sonar,
y al redoblar ligero
del tamboril,
los mozos y las mozas
bailen aquí.
(Suspenden el baile, comenzando cuando salen los personajes indicados arriba.)
De la casa ya sale
el cortejo nupcial;
ved la novia dichosa
qué hermosísima vá.
Dios les dé luengos años
de fortuna y de paz
y que juntos consigan
su ventura gozar.

—

ROBERTO y ANG. — ¡Mentira me parece
tanta felicidad!
BELT. — A la iglesia marchemos.
CORO — Vamos todos detrás.

—

Dios les dé luengos años, etc.

ESCENA XIV

DICHOS, el JUEZ y el SEÑOR SIMÓN. Tras ellos cuatro gendarmes que se detienen á la izquierda, en segundo término

JUEZ — ¡Alto, señores, todos,
en nombre de la ley!

CORO ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?
¿Qué busca el señor Juez?

SIMÓN (¡Señor! ¡Qué horrible angustia!
¡Piedad de mí tened!)

JUEZ ¡De aquí nadie se mueva!
(Acercándose á Beltrán.)
¡Dáos preso!

BELT. ¡Yo! ¿Por qué?

ROBERTO Y ANG. ¡Oh, Dios! ¿De qué os acusan?

BELT. No acierto á comprender...
¡Mas el error en claro
bien pronto yo pondré!

JUEZ En vano es que tranquilo
finjáis aparecer;
hoy vuestro horrendo crimen
al fin expiaréis.

TODOS Y BELT. ¡Un crimen!

BELT. Es un sueño.

SIMÓN (¡Qué horrible padecer!)

BELT. ¿De qué me acusan; pronto,
decidlo ya, de qué?

—

JUEZ Veinte años há que la justicia
á muerte vil os condenó.
Este es el hombre, desgraciada, (A Angela.
que á vuestro padre asesinó.

BELT. ¡Yo!

TODOS ¡Oh!

—

BELT. ¡Ah! ¡Qué impostura tan infame!
¡Yo mi inocencia probaré!

ANG. (Acercándose.)
¡Por Dios, decidnos vuestro nombre!

BELT. ¡Claudio Beltrán!

ANG. (Separándose de Beltrán.) ¡Jesús!

CORO (Retirándose algo.) ¡Es él!
¡Es él! ¡Es él!

—

BELT. ¿Por qué mi nombre, siempre honrado,
rechazan todos hoy así?
(A Angela y Roberto.)
¡Soy inocente, yo os lo juro!
ANG. ¡No os acerquéis, no os acerquéis á mí!
BELT. ¡Ellos también, oh, santo cielo!
¿Es sueño todo lo que oí?
CORO (Creyó su crimen ignorado,
tal vez por eso ha vuelto aquí.)

—

BELT. Tú, Señor, que la inocencia
ves brillar desde la altura,
sabes bien que en tu presencia
puedo alzar mi frente pura.
¡De mi nombre envilecido
salva el honor,
y haz que vea confundido
al infame acusador!
¡Víctima fuí
de un impostor;
yo espero en tí
piedad, Señor!
SIMÓN (Tiemblo y dudo en su presencia,
y al mirar su desventura,
agitada la conciencia,
implacable me tortura.
De mi pecho estremecido
huye el valor,
y aterrado y confundido
soy mi propio acusador.
Nunca sufrí
tanto dolor.
¡Piedad de mí!
¡Piedad, Señor!)
ROBERTO y ANG. El temor de la evidencia
llena el pecho de amargura.
¡Quiera Dios que su inocencia
vuelva á todos la ventura!
¡Ah, por qué, por qué has nacido
sueño de amor,
para verte sumergido
en los mares del dolor!

¡Triste de mí!
¡Cuánto rigor!
¡Yo espero en tí
piedad, Señor!

JUEZ, MATEO, MARGARITA, CORO GENERAL

¡Es extxteraña su imprudencia
de venir á la ventura
donde existe una sentencia
que la muerte le asegura.
Si del crimen cometido
es el autor,
no se explica que atrevido
se presente sin temor.
Yo nunca ví
tanto valor;
él es aquí
su delator.

—

BELT. (Al Juez.)
Vos sois de la justicia
representante aquí;
¡vos mismo mi inocencia
proclamaréis al fin!

—

¡Si á la justicia humana
hoy ciega torpe error,
tranquilo y resignado
confío en la de Dios!

SIMÓN (¡Qué horrible es el tormento
por que pasando estoy!
¡Un medio de salvarle
inspírame, Señor!)

ANG. Y ROBERTO (Al verle tan sereno
se ensancha el corazón.
¡Si acaso es inocente,
ampárale, Señor!)

JUEZ (Al criminal impune
que así la ley burló,
severa la justicia
aplique su rigor.)

CORO, MATEO y ÁNGELA

(Jamás el que villano
un crimen cometió,
rechaza tan altivo
la horrible acusación.)

(Beltrán se dirige hacia los gendarmes como entregándose á ellos, Roberto y Angela le contemplan formando grupo. Simón, aterrado, se separa al ver pasar á Beltrán. Cuadro)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala corta de paso. A derecha, izquierda y foro, puertas

ESCENA PRIMERA

CORO DE HOMBRES y MUJERES, que sale por la derecha

Música

CORO
Esa es la puerta
(Señalando á la izquierda.)
del tribunal:
por aquí el reo
debe pasar.
Hasta que llegue
no dejarán
que los curiosos
entren allá.

—

¡Pero, silencio,
que ahí viene ya!

ESCENA II

DICHOS: BELTRÁN, que seguido de dos gendarmes, aparece en la puerta del foro y entra lentamente en el Tribunal

CORO
¡Qué triste el desdichado
y qué abatido está!

Dios haga que inocente
le juzgue el tribunal.
¡Qué triste vá!
¡Qué triste vá!

HOMBRES Entremos á la audiencia,
que el juicio va á empezar,
y el fallo inapelable
muy pronto dictarán.
¡Vamos allá,
vamos allá! (Entran los hombres.)

—

MUJERES ¿Nosotras, qué hacemos?
OTRAS Yo dudo si entrar,
porque á mí estas cosas
me impresionan mal.
Y en entrando, tengo
la seguridad
de que por la noche
lo he de recordar.

—

En cuanto me acuesto
sueño con fantasmas,
unos que me roban,
otros que me matan.
Mi alcoba se llena
de negras lechuzas,
y vienen los duendes
y salen las brujas.
Y aquí me pellizcan,
y allá me atenazan,
y—¡plún!—de repente
se vuelca la cama.
Y siento unas cosas,
—¡ay, Jesús, qué horror!
que me pongo, primero muy mala,
y luego, peor.

—

Por ver yo, curiosa,
al guillotinado,
así viva un siglo
no podré olvidarlo.

Recuerdo su cara,
sus ojos recuerdo,
sus barbas, sus dientes,
su voz y sus gestos.
Y de haberle visto,
tuve varias noches
una pesadilla
de las más atroces;
pues soñé que el reo,
—¡ay, qué atrocidad!—
¡me venía á tirar de las piernas
en la obscuridad!

—

Mas si al fin y al cabo
nos lo han de contar,
casi, casi creo
preferible entrar. (Decidiéndose.)
¿Vamos allá?
¡Vamos allá!
¡Ay, qué maldita
curiosidad!
¡Vamos allá! (Entran.)

ESCENA III

MATEO, ROBERTO por la derecha

Hablado

MATEO Anda, entra conmigo. No seas cobarde.

ROBERTO No, no puedo. Déjame.

MATEO Pues yo haré de tripas corazón, pero he de verle. Tal vez, al fin y al cabo, los jueces encuentren hoy alguna prueba en favor suyo.

ROBERTO Todas le acusan. Ese maldito cuchillo, que unido al proceso, han conservado, y que, según dice, dejó sin duda olvidado en la hostería y ha reconocido como suyo, es la prueba más convincente. Luego, las declaraciones del señor Simón y de los otros dos testigos, únicos que viven después de tantos años, han confirmado la opinión de los jueces.

MATEO Pero no la mía.

ROBERTO Ni la mía tampoco.

MATEO ¿De modo que tú piensas, como yo, que es inocente?

ROBERTO ¿Quién lo duda?

MATEO Oye, Roberto; yo seré un pedazo de alcornoque, pero tengo un corazón que no me engaña. Y lo que yo digo: si ese hombre fué quien mató al padre de Angela y huyó, y allá en las Indias con el dinero robado hizo fortuna, ¿para qué necesitaba volver aquí, donde debía comprender que pesaba sobre él una sentencia?

ROBERTO Lo mismo pienso yo.

MATEO Y si después de tanto tiempo ausente le dió la mala idea de volver á su tierra, puesto que ninguno le ha reconocido, pudo muy bien llamarse de otro modo y nadie habría sospechado que este caballero millonario era aquel mozo miserable.

ROBERTO ¡Claro que sí!

MATEO Por todo lo cual, digo y repito que mientras él siga sosteniendo, como lo hace, que es inocente y que no tenía ni noticia del crimen, yo le creeré tan honrado y tan bueno como el que más.

ROBERTO Es imposible que sea delincuente. La seguridad de sus contestaciones en el interrogatorio, aquel acento de verdad que tienen todas sus palabras, lo sereno de su mirada, revelan una conciencia tranquila.

MATEO Estamos conformes.

ROBERTO Y esa es la opinión de todos. Sólo vacilan ante las pruebas del antiguo proceso y la convicción que en el pueblo había de que Claudio Beltrán era el asesino del padre de Angela. Yo á veces he pensado: ¿será un sentimiento egoista el que me hace juzgar á ese hombre inocente? ¿Cerraré los ojos ante la evidencia por los favores que le debo y porque de él sólo depende mi fortuna?

MATEO ¡No! También se me ha ocurrido eso, pero inmediatamente he pensado esto otro:— Desde el instante en que fué preso, la jus-

ticia, como de costumbre, se apoderó de cuanto él tenía, y aquello que la justicia agarra, tarde ó nunca lo suelta; de modo que, hoy por hoy, ese infeliz es más miserable que cualquiera de nosotros. Y sin embargo de esto, y de no esperar recompensa alguna, si hoy, como se dice, le condenan á muerte, yo estoy decidido á salvarle.

ROBERTO ¿Tú? ¿Qué dices?

MATEO Y si me ayudas, aún confío más en lograrlo.

ROBERTO ¿Pero cómo? ¿Cuál es tu proyecto?

MATEO Escucha. Ya sabes que el día de la boda, es decir, el día en que debió ser la boda, me despedí del señor Simón diciéndole cuatro cositas muy bien dichas. ¡Como que no pensaba volver!—Pero no fué así. En vista de lo ocurrido, y viéndome sin colocación, hablé con Margarita, y ésta con el amo, y me pintó tan arrepentido de haberle dicho aquellas claridades, que el señor Simón, haciendo algo bueno por primera vez en su vida, me admitió de nuevo en la casa y continúo sirviendo en ella.

ROBERTO Bien, ya lo sé; sigue.

MATEO Al volver, acariciaba la idea de salvar á ese hombre.

ROBERTO ¿De qué manera?

MATEO Verás.—El cuarto que le sirve de prisión, y que es el mismo en que estuvo el otro reo, tiene dos puertas. Una da al pasadizo alto y la custodian dos gendarmes; otra comunica con la alcoba del señor Simón, y allí no hay guardia.—Un fuerte cerrojo la asegura, y el amo viene á ser por aquel lado, como quien dice, el único carcelero.

ROBERTO ¡Ya!

MATEO Enciérrase para dormir, costumbre de gente mala; pero probando yo en la cerradura de la alcoba todas las llaves de la casa, he hallado una con la cual se abre fácilmente. Y aquí está. (Sacándola.)

ROBERTO Bien, pero eso no basta.

MATEO Déjame concluir.—Hoy está el cielo enca-

potado y sopla fuerte el viento de tierra, señales casi seguras de que á la noche se repetirá la tempestad de estos días pasados.

ROBERTO ¿Y eso qué?...

MATEO Ya sabes que el viejo, al primer relámpago que vé, se acuesta lleno de terror. Yo entonces, ó aprovechando su sueño en caso contrario, penetraré en la alcoba, descorreré el cerrojo de la otra puerta, que ya he tenido la precaución de untar con aceite, y sacaré al preso, que puede saltar á la playa por una ventana cualquiera.

ROBERTO Bueno; ¿y después?

MATEO Esperas con tu barca amarrada á la orilla y le llevas hasta el bergantín.

ROBERTO ¿Y allí?

MATEO La tripulación es toda suya. Por interés ó por gratitud le juzga inocente como nosotros. El barco es velero, según dicen, y como el viento debe serles favorable para alejarse de la costa, podrán estar ya cerca de Inglaterra cuando se descubra que el pájaro ha volado.

ROBERTO Arriesgada es la empresa, pero no importa; estoy pronto á ayudarte.

MATEO Lo mejor será que los jueces le absuelvan y nuestro proyecto se quede en proyecto.

ROBERTO No lo espero, desgraciadamente.

MATEO ¡Quién sabe! Yo adentro voy.

ROBERTO Aquí te aguardo con el alma llena de inquietudes.

MATEO ¡Si condenan á este hombre, digo que no hay justicia en la tierra! (**Entra por la izquierda.**)

ESCENA IV

ROBERTO, luego ANGELA

ROBERTO En vano procuro arrancar de mi pecho toda esperanza. Parece que el alma, ansiosa de realizar lo que he soñado, se complace en darme aliento con ilusiones que acaso den-

tro de un instante se desvanecerán para siempre. ¡Oh, Angela! ¿Tú aquí?

ANG. La impaciencia me trae. ¿Sabes algo? ¿Qué dice la gente? ¿Se espera que sea absuelto?

ROBERTO Todos temen que el tribunal, en vista de las pruebas, confirme la sentencia anterior.

ANG. ¡Oh, sería horrible! Su muerte no disiparía mis dudas.

ROBERTO ¿Pues tú le supones culpado?

ANG. ¿Yo? No lo sé. Estoy loca. A veces creo que la sombra querida de mi padre se me aparece airada porque no aborrezco bastante al asesino. A veces, pienso que ese desdichado es víctima de una acusación infame, de un error inconcebible; que es inocénte y que mi padre desde el cielo me dice: ámale, hija mía; hazle tú la justicia que los hombres le niegan.

ROBERTO ¡Terrible lucha!

ANG. Si alguna prueba inesperada pusiera hoy en claro su inocencia y el tribunal le absolviese...

ROBERTO Su libertad sería nuestra dicha, nuestra fortuna.

ANG. Por eso no la espero. Soy muy desgraciada.

ROBERTO Angela, tengamos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos. ¡Quién sabe si muy pronto oiremos partir de allí (Señalando á la puerta del tribunal.) el grito de alegría que lancen los que asistan al juicio al escuchar la absolución del acusado!

ANG. ¡Cuánto sería mi gozo al verle libre! ¡Qué tranquila se quedaría el alma!

ROBERTO Nuestra felicidad renacería para no desvanecerse nunca.

ANG. ¡Todos nuestros sueños de amor podrían realizarse!... (Rumor dentro.)

ROBERTO ¿Qué es eso? ¿No has oído? ¡La gente habla en voz alta! Acaso se hayan retirado los jueces para pronunciar luego su fallo.

ANG. ¿Por qué no entras? Yo no tengo valor.

ROBERTO ¡Sí, haré un esfuerzo! Todo es preferible á la duda. Espérame.

ANG. ¡Dios haga que seas portador de la buena nueva!

ROBERTO ¡Ay, Dios lo haga! (Entra.)

ESCENA V

ANGELA sola

Música

Con él mi esperanza va;
temblando le espero aquí;
¡sabe Dios si volverá,
triste de mí!

—

Inquieta el alma mía
y llena de amargura,
las horas de ventura
recuerda en su aflicción;
ayer todo alegría,
hoy luto, llanto y duelo;
¡qué horrible desconsuelo
anubla el corazón!

—

Mil esperanzas seductoras
ayer risueña concebí;
horas de paz, benditas horas,
¡cuán breves fueron para mí!

—

Llorando el bien perdido,
y en sombras inundada
el alma perturbada
por loca agitación,
anhela del olvido
la fuente hallar tranquila,
mas ya su fe vacila
y pierde la razón.

—

Dardo cruel, punzante duda
el pecho hiere sin piedad;
¡celeste luz, ven en mi ayuda!
¡Brilla por fin, santa verdad!

ESCENA VI

DICHA. ROBERTO, luego MATEO

Hablado

ROBERTO ¡Angela! (Con profundo desaliento.)

ANG. ¡Roberto!—¡Ah! ¡No me lo digas! ¡No me lo digas! ¡Desventurada de mí! (Cayendo en sus brazos.)

ROBERTO ¡Ya no hay esperanza!

MATEO (Acercándose por detrás, sin ser visto de Angela y en voz muy baja.) ¡Sí!—Hasta luego!—(Poco he de poder ó yo le salvo.) (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

ANGELA, ROBERTO, después BELTRAN con dos gendarmes que quedan á la puerta durante la escena

Música

ROBERTO ¡Valor, Angela mía!

ANG. ¡El ánimo perdí!

ROBERTO ¡Ya sale!

(Al ver á Beltrán, Angela y Roberto se disponen á salir.)

BELT. (Al verlos.) ¡Deteneos!
No huyáis, no huyáis de mí,
(Los dos se detienen.)
por caridad, al menos,
tenedme compasión,
y oid de un desdichado.
la triste confesión.

—

ANG. (¿Por qué al oir su acento
mi debil corazón
aun siente por ese hombre
afecto y compasión?)

ROBERTO (Al escuchar su acento,
leal mi corazón,
de su inocencia adquiere
profunda convicción.)

—

BELT. Al borde del sepulcro
ni el más villano miente;
yo moriré mañana,
mas moriré inocente.
¡Que por perjuro sufra
las penas del infierno,
que mi alma se condene
al padecer eterno,
y que al tocar mi vida
su término fatal,
de Dios maldito sea,
si he sido criminal!

—

ROBERTO / ANG. ¡Callad, callad!
¡Su voz tiene el acento
de la verdad! (Acercándose algo á él.)

—

BELT. El juicio de los hombres
me declaró culpado;
yo acato su sentencia
sumiso y resignado;
que al ser, por suerte mía,
creyente verdadero,
de un juez que siempre es justo
la absolución espero.
¡Y si el tremendo fallo
mi nombre deshonró...
júzguenme infame todos,
pero vosotros, no! (Llorando.)

ROBERTO / ANG. ¡Nosotros no! (Acercándose á él decididos.)
¡La negra duda impía
del alma huyó!

—

BELT. ¿Vosotros no?
¡Al cabo el alma mía
consuelo halló!
¡Morir puedo ya! Mi adiós postrimero
tranquilo os daré partiendo de aquí.
¡Morir puedo ya! ¡Que al fin cuando muero,
vosotros quedáis llorando por mí!

ROBERTO / ANG. ¡No quiero dudar! Su labio sincero
al pecho volvió la fe que perdí.
¿Por qué, Santo Dios, hoy, tú, justiciero,
el fallo cruel permites así?

—

BELT. ¡Fuerza es separarnos!
¡Con cuánto dolor
os doy, hijos míos,
el último adiós!

ANG. ¡Cruel despedida!
¡Qué horrible dolor!
¡Oh! ¡Cuánto acongoja
el último adiós!

ROBERTO (¡Mi vida en peligro
pondré sin temor,
porque éste no sea
el último adiós!)

ANG. ¡Adiós! ¡Adiós!

BELT. ¡Estrechen mis brazos
de nuevo los dos!
(Con acento profundamente dramático)
¡Adiós, hijos míos.
para siempre adiós!

ANG. / ROBERTO ¡Adiós! ¡Adios!

(Vase por la puerta del foro. Los gendarmes que han estado durante la escena á la puerta del tribunal, salen tras él. Roberto y Angela vánse por la derecha llorando.)

MUTACION

Alcoba con puertas á derecha é izquierda. Esta con un gran cerrojo. A la izquierda una ventana. En el ángulo de la derecha una cama antigua de roble tallado, con grandes colgaduras de lana que la cierran por completo. Junto á la cama una mesita con una lamparilla encendida. Muebles antiguos. Un sillón cerca del lecho.

ESCENA VIII

Cesa la música en el momento de entrar por la derecha SIMÓN, que cierra la puerta con llave

¡Ya estoy solo! —Ya puedo respirar libremente.—¡Qué día tan largo!—(Se sienta.) Temiendo siempre inspirar sospechas, aparentando tranquilidad ante los jueces, cuando el corazón se me saltaba del pecho y las piernas apenas podían sostenerme y el cuerpo quería temblar... y no bastaba mi voluntad firmísima para sujetarlo.—¡Ah! ¡Qué espantoso día!—(Se levanta.) Por fin, todo ha concluído... Sí. Pero, ¿cómo? ¡Con un nuevo crímen! Dejando que la ley, esta vez ciega, condene á ese desgraciado... ¿Por qué ha vuelto antes de morir yo? Corta puede ser ya mi vida; por eso, tal vez, temo tanto el perderla... Si él hubiera regresado algunos años más tarde, cuando yo hubiese muerto, habría aparecido inocente á los ojos de todos, y con la declaración que escribí en descargo de mi conciencia, vería reivindicado su nombre aun á costa de la infamia del mío.—¡Hoy no es posible! La fatalidad le trajo antes, para su desdicha. ¡Dios... no; el infierno lo ha querido!...—Y la suerte, por un horrible sarcasmo, me hace su carcelero. ¡A mí!—Yo podría abrir esa puerta y decirle: ¡Huye! Pero, ¿y mañana? (Separándose de allí.) Envuelto en un proceso, la justicia fijaría sobre mí su mirada escudriñadora, y acaso pudiera ver lo que milagrosamente se ha ocultado á sus ojos.—No; no puede ser. —Yo querría salvarle; pero, ¿cómo?—Arde mi cabeza. (Se dirige á la ventana y la abre.) ¡Ah! ¡Cuánto me consuela el viento fresco de la noche! ¡Siento en el pecho una angustia tan honda! ¿Qué es esto que pesa sobre mi corazón? Parece que en todo ese inmenso espacio no hay aire bastante para que yo res-

pire. (Brilla un relámpago.) ¡Jesús me valga! (Retirándose de la ventana.) ¡La tempestad! ¡Dios misericordioso, haced que se aleje, que no llegue el trueno á mis oídos. (Otro relámpago y trueno.) ¡Ah! (Se acerca y cierra violentamente la ventana.) Con la tormenta vienen á mi memoria los recuerdos de aquella noche horrible. Veinte años han pasado y parece que ha sido ayer. Diviso entre sombras la playa, adonde llegan mugiendo las olas encrespadas del mar; oigo el estampido de los truenos, y á la luz del relámpago veo á aquel hombre envuelto en su capote, resguardando á la criatura... llegar junto á la roca... y allí... (Se oye un trueno más cercano.) ¡Oh! Sí; fué horrible el crímen; pero el castigo es muy grande... Todo el fragor de la tormenta retumba en mi cerebro, y me aturde y me enloquece. (Va con paso vacilante hacia la cama, en la cual se apoya.) ¡Perdón, Dios mío! (Cae de rodillas tapándose los oídos con ambas manos.) ¡Aplaca tu cólera un momento, ten piedad de mí! (Se oye un trueno muy cercano. Simón, aterrado, abre las cortinas de la cama y se deja caer sobre ella.)

Música

Se desencadena la tempestad. A poco, la pared del fondo de la alcoba desaparece, viéndose á través de una niebla misteriosa la playa erizada de rocas y el mar alborotado, sobre cuyas aguas se agita un barco con las velas recogidas. A la luz de los relámpagos, única que alumbra casi constantemente la escena de la aparición, se ve salir por la izquierda á Simón, que se oculta tras una roca de la derecha. Después el padre de Angela, cubierto por un largo capote, lleva de la mano una niña como de dos años de edad. Al aproximarse á la roca, detrás de la cual le espera Simón, toma en brazos á la niña, dejanto para esto en el suelo el maletín, que recoge después; resguarda bajo la capa á la niña, y entra por la derecha. Simón sale de su escondrijo inmediatamente y le asesta el golpe á la vista del público. El hombre cae dentro dando un grito. Trueno espantoso, todo lo grande que pueda hacerse. Antes que acabe. se ve pasar corriendo á Simón, que lleva el maletín y mira aterrado hacia atrás. La pared vuelve á cerrarse, y cesa la música

ESCENA IX

SIMÓN, en la cama. MATEO, que abre la puerta de la derecha y entra con el mayor sigilo

Hablado

MATEO ¡Dios me ayude! (Se santigua.) ¡Si tuviera cascabeles en las pantorrillas, valiente música se armaba! El señor Simón está dormido, sin duda, pero bueno será cerciorarse... (Se acerca á la cama y escucha.) ¡Como un tronco! (Levanta la cortina y se ve á Simón, que da la espalda á la escena.) Cuando despiertes mañana, buen chasco te vas á llevar, viejo marrullero. (Simón se vuelve de pronto de cara al público.) ¡Huy! (Ocúltase detrás de la cortina, envolviéndose en ella rápidamente.) ¡Qué susto me ha dado!

SIMÓN ¡Ay de mí!

MATEO Se conoce que sueña. Mejor. Eso prueba que duerme profundamente. Aprovecharé el tiempo. (Deja caer la cortina que cierra la colgadura casi por completo.) ¡Cómo se va á quedar el preso cuando me vea! Ahora sólo falta que rechine el cerrojo. (Descorriéndolo.) Así, poquito á poquito. Mateo, no lo eches á perder. No. El unto hizo su efecto. Ya está. (Respirando con mucha fuerza.) Ahora abriré con precaución. (Abre la puerta.) ¡Ah! (Poniéndose un dedo sobre la boca.) ¡Chis! ¡Chis! (Hace señas á Beltrán para que salga.)

ESCENA X

DICHOS y BELTRAN

BELT. ¿Qué es esto?

MATEO ¡Silencio! Venid acá y empujad esa puerta, no vayan á oirnos los gendarmes que guardan la otra.

BELT. Pero, ¿á qué vienes?

MATEO Hablad más bajo, que el señor Simón está durmiendo allí.
BELT. ¿Y cómo has podido?...
MATEO ¡Ingeniándome! No soy tan torpe como parezco.
BELT. ¿Y qué quiéres de mí?
MATEO ¡Salvaros!
BELT. ¿Qué dices?
MATEO Sé que sois inocente...
BELT. ¡Oh, gracias! ¡Aún queda en el mundo quien me hace justicia!
MATEO ¡Chis! Y he preparado vuestra fuga.
BELT. ¡Cómo!
MAUEO Todo está dispuesto. Roberto aguarda en esa orilla con su barca para llevaros hasta el bergantín. La tripulación está pronta á levar anclas en cuanto lleguéis.
BELT. ¡Imposible!
MATEO ¿Qué decís?
BELT. Yo os lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.
MATEO ¿Por qué?
BELT. ¡El que es inocente, no huye!
MATEO ¡No huye, pero le ahorcan!
BELT. Es inútil que insistas. O salir de aquí á la luz del día, con la frente muy alta, volviendo á llevar mi nombre sin mancilla, ó esperar sólo en Dios y morir resignado.
MATEO ¡Eso es una locura!
BELT. Además, huyendo por aquí, sería responsable el señor Simón, y la justicia le pediría cuenta de mi fuga.
MATEO ¡Pues podéis estarle agradecido! En sus declaraciones maldito si se ha cuidado de favoreceros.
BELT. El, diciendo la verdad, ha obrado conforme á su conciencia, y no me quejo; yo sigo los impulsos de la mía.
MATEO Pero pensad que mañana...
BELT. Mañana dejaré de sufrir.
MATEO ¡Venid conmigo! Aquí os aguardan la deshonra y la muerte; allí la libertad y la vida. De rodillas os lo suplico.
BELT. Levanta y déjame. Yo te agradezco con

toda mi alma este último esfuerzo... pero... no... no debo aceptar.

MATEO Pensadlo bien, luego será ya tarde.

BELT. Véte y recibe este abrazo en prueba de eterna gratitud y de entrañable cariño. (Abrazándole.)

MATEO ¡Demonio con el hombre! (Sollozando.) Vamos, decidíos. Es cuestión de un momento. Salimos de aquí, saltáis por la ventana...

BELT. No. Adiós.

MATEO (¡Si Roberto lograse convencerle!...)

BELT. Hasta mañana. Dí á Roberto y á Angela que vuelvan por aquí. Necesito oir otra vez de sus labios que no me juzgan delincuente.

MATEO Bueno; ya que os empeñáis... quedad con Dios.

BELT. Adiós, mi buen amigo.

MATEO Sí que lo soy; eso podéis asegurarlo.

BELT. Y... cierra bien esta puerta. El corazón es cobarde: podría ocurrírseme la idea vergonzosa de escapar.... (Entra.)

ESCENA XI

MATEO, SIMÓN, dormido

MATEO ¡Este hombre es un santo! (Cierra la puerta.) ¡No echo el cerrojo! A ver si le dá esa idea que él llama vergonzosa... Y ahora buscaré á Roberto. Quizá consiga él...

SIMÓN ¡Favor! ¡Socorro!

MATEO ¿Eh? ¡Caracoles! Se conoce que sueña á voces. (Acércase á la cama y levanta los cortinajes, viéndose á Simón.) ¡Cómo tiembla! Le castañetean los dientes. Por lo visto tiene una pesadilla. Si se le ocurriera despertar...

SIMÓN ¡El acusado! ¡Yo!

MATEO ¿Qué dice?

SIMÓN ¿Quién se atreve á acusarme? ¿Dónde están las pruebas? ¡No existe ninguna! ¿Que vaya al tribunal? ¿Para qué? Ya he declarado

como testigo. Ya han condenado al otro... ¡Al otro! ¡Já, já, já, já! ¡La justicia! ¡Buena está la justicia!

MATEO ¡Demonio! Yo he de oir todo lo que diga.

SIMÓN ¡Já, já, já, já! (Gritando alterado.) ¡Los gendarmes! ¡Dejadme! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir! (Mateo se sienta en la cama y aplica el oído.)

Música en la orquesta

ESCENA XIII

Desaparece, como antes, la pared del fondo y se vé el tribunal á la izquierda. En el centro un banquillo. A la derecha, detras de la barra, pueblo que asiste con interés al juicio. El JUEZ y otros dos con pelucones blancos y largos y togas negras. El escudo de armas del primer imperio francés en la pared de la izquierda. Al verificarse la aparición todas las figuras del cuadro están inmóviles. El Juez agita la campanilla, QUE NO SUENA. Preséntase un ugier por la puerta del foro

JUEZ (Indica que se presente el acusado. El ugier levanta la cortina de la puerta del foro y aparece la contrafigura de Simón entre dos gendarmes. El Juez le manda sentarse en el banquillo.)

SIMÓN ¿Que me siente yo ahí? ¿En el banquillo del acusado? ¿Por qué? Yo soy inocente, yo no he hecho nunca mal á nadie. (La contrafigura de Simón moviendo los labios y accionando, figura, durante todo el cuadro, decir lo que pronuncia Simón en la cama, lo más simultáneamente posible.)

JUEZ (Indica á los gendarmes que obliguen á sentarse á Simón. Ellos lo hacen y se retiran dos pasos atrás junto á la barra.)

JUEZ (Figura dirigir á Simón duras acusaciones mientras habla Mateo.)

MATEO ¿Tendrá una pesadilla, ó será cierto lo que yo he sospechado siempre de que este viejo es un tunante? (Escucha con mayor ansiedad.)

SIMÓN ¡Yo no he escrito ese documento! ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Por qué había de declarar bajo mi firma que Claudio Beltrán era inocente y que yo había asesinado al padre de Angela?

MATEO ¡Dios mío! ¿Qué está diciendo este hombre?

JUEZ (Levantándose señala á la contrafigura con ademán enérgico.)

SIMÓN ¿Que guardo esa declaración en el pecho?— ¡No es verdad!

JUEZ (Manda á los gendarmes que sujeten á Simón y le saquen del pecho el documento. Ellos obedecen.)

SIMÓN ¡Dejadme! (Llevándose las manos al pecho y casi incoaporándose en la cama.)

MATEO ¿Será cierto todo lo que dice?

SIMÓN (Resistiéndose.) ¡Ni los gendarmes ni nadie me lo arrancarán!

MATEO ¡Y forcejea! Pues yo he de ver si es realidad ó pesadilla! (Procurando desabrocharle el chaleco al mismo tiempo que los gendarmes á la contrafigura.) ¡Cómo se resiste el condenado! ¡Oh, sí, sí! ¡Aquí hay un pliego! (Sacándolo.) ¡Aquí está! (A esta última frase, el gendarme, que ha sacado el pliego del pecho de la contrafigura, lo enseña y se acerca á entregárselo al Juez. Desaparece la visión, cerrándose de nuevo la pared rápidamente.) ¿Qué será esto? ¡Corro en busca del Juez! (Sale por la derecha y cierra por fuera la puerta.)

ESCENA XIV

SIMON, despierta despavorido y salta del lecho

¡Oh! ¡Qué terrible sueño! ¡Sí, sueño ha sido! Estoy solo. ¡Ah! (Reparando de pronto en el desorden de su ropa.) ¡Me lo han robado! ¡Me lo han robado! (Con acento de horrible desesperación.) ¿Quién ha podido entrar aquí? ¿Dónde está el pliego? ¿Dónde? ¿Quién ha sido? (Va hacia la cama y luego á la puerta derecha.) ¡Cerrada está! ¿Por dónde han entrado?.. ¡Ah!.. (Yendo á la de la izquierda.) ¡El ha sido, él! Pero ¿cómo? ¡Pierdo la razón! ¿Quién ha abierto ahí? ¡Oh! ¡Si aún es tiempo yo lo recobraré! (Saca de la mesilla un puñal, y armado con él abre la puerta de la prisión.) ¡Salid, miserable!

ESCENA XV

DICHO y BELTRÁN

BELT. ¿Qué es esto?
SIMÓN (Cogiéndole de un brazo y amenazándole con el arma.) ¡Dáme ese pliego ó mueres!
BELT. ¡Estáis loco! ¿De qué me habláis? (Sujetándole con violencia.)
SIMÓN ¿No has sido tú? ¡No has sido tú! (Aterrado.)
BELT. ¡Serenaos! ¿Qué os pasa?

ESCENA XVI

DICHOS, MATEO y JUEZ

MATEO ¡Adelante, señor Juez! ¡Adelante! (Abriendo la puerta.)
SIMÓN ¡Oh! (Dejando caer el arma.)
MATEO ¡Ahí tenéis á ese buena alhaja!
JUEZ ¡Dáos, preso, miserable!
BELT. ¿Qué dice?
SIMÓN ¡Piedad de mí! ¡Perdón! (Cayendo de rodillas.)
BELT. Pero ¿qué es esto?
JUEZ ¡Ah! ¿Vos aquí?
MATEO He abierto yo la puerta; si merezco castigo que me lo impongan inmediatamente. (Arrodillándose también, de manera que haga cómico contraste con la figura de Simón.)
JUEZ ¡No! (A Beltrán.) ¡Venid á mis brazos! ¡Mañana el tribunal proclamará vuestra inocencia! Y en cuanto á vos... (A Simón.)
SIMÓN ¡Piedad, piedad de mí! (Arrastrándose de rodillas.)
JUEZ Basta, desdichado. (Haciéndole levantar.) ¡La justicia humana puede equivocarse, pero nunca hierra la de Dios! (Empujándole hacia la prisión.) Esperad ahí vuestro castigo.
SIMÓN ¡Misericordia de mí! ¡Misericordia! (Entra.)
JUEZ (A Mateo.) ¡Cerrad la puerta!
MATEO Ya lo creo. Ahora sí que echo con gusto el cerrojo. (Haciéndolo sonar mucho.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ROBERTO y ÁNGELA, por la izquierda

BELT. ¡Roberto! ¡Angela! (Al verlos.)
ANG. ¡Perdón!
¡Perdón por haber dudado!
BELT. ¡Hijos de mi corazón! (Abrazándolos.)
Logró, al fin, mi nombre honrado
la justa reparación.
JUEZ ¡Sí, la tendrá!
MATEO (Que ha abierto la ventana, iluminándose la escena con la luz de la aurora.)
¡Ya es de día!
ROBERTO El sol que alumbrar debió
vuestra espantosa agonía,
vertiendo luz y alegría,
por vuestra dicha brilló.
ANG. ¡Bendita su claridad!
BELT. ¡Ya en la inmensidad del alma,
como en esa inmensidad,
á reinar vuelve la calma
después de LA TEMPESTAD!
(Cuadro.—Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

A LOS DIRECTORES DE ESCENA

DE LOS

TEATROS DE PROVINCIA

Una de las causas más poderosas del grandísimo efecto producido en el público por el acto tercero de este melodrama, ha sido indudablemente la precisión y exactitud conque se han ejecutado las dos apariciones fantásticas.

Se necesita, para conseguir, como deseo, el mismo resultado en cuantos teatros se represente, que la decoración del último cuadro se pinte y construya á propósito, procurando que tenga marco ó varillaje de madera el rompimiento del foro. Así se evitará que moviéndose el telón antes de las mutaciones, comprenda el público que en aquella pared va á suceder algo extraordinario.

A la sorpresa ha de deberse una gran parte del efecto.

La gasa que cubra el hueco del rompimiento, será azul, y la luz de ambas apariciones, poca, verdosa y pálida.

Los reputados pintores escenógrafos Sres. Bussato y Bonardi han hecho las tres decoraciones de la obra, probando una vez más lo merecido de su fama.

Juzgo muy importante el reparto de los papeles *mímicos* de EL PADRE DE ANGELA y la CONTRAFIGURA DE SIMÓN.

No deben hacerlos dos comparsas, sino dos actores.

El Sr. Belloc, á pesar de haberse encargado de la parte de PROCURADOR, no tuvo inconveniente en representar con especial cuidado el primero de aquellos personajes, y el Sr. Toscano imitó con tal perfección la figura, los ademanes, gestos y actitudes del Sr. Ferrer, que, á no haber oído que la voz de éste partía del lecho, hubiera creído el público ver al actor en la contrafigura.

Excusado me parece recomendar también la exactitud de los dos trajes hasta en los detalles que parezcan menos necesarios.

—

La figura de Simón en el primero de los sueños debe hacerla el mismo actor encargado del papel y no la contrafigura, preparada exclusivamente para el segundo, por lo cual ha de cuidarse mucho que las cortinas de la cama cierren por completo y con facilidad.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID A BIARRITZ [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.°, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITÓN! [3], idem, idem.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.

SE CONTINUARA), juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

LEVANTAR MUERTOS [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

LEÓN Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [3], parodia en un acto y en verso.

LA CLAVE [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

LA MARSELLESA, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

LA CARETA VERDE, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

EL SIGLO QUE VIENE [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

EL AÑO SIN JUICIO, revista cómica, original, en un acto.

LOS MADRILES, revista cómica, original, en dos actos.

LOS SOBRINOS DEL CAPITÁN GRANT, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO, revista cómica, en dos actos, original.

EL DIABLO COJUELO, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

EL NOVENO MANDAMIENTO, comedia en tres actos, original y en prosa.

LAS DOS PRINCESAS, zarzuela en tres actos, arreglada del francés, con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ, revista cómica, original, en un acto.

PERIQUITO [5] zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA [5], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [5], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO [5], comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA TEMPESTAD, melodrama original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Novena edición.)

LA MUJER DEL SERENO, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

LA CRIATURA, humorada cómica original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.º [5], comedia en dos actos, original y en prosa.

PAPELES SON PAPELES.... proverbio en un acto, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS [5], pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto (Tercera edición.)

GOLONDRINA, comedia en un acto y en prosa, original.

LOS LOBOS MARINOS [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LA BRUJA, zarzuela en tres actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL CHALECO BLANCO, episodiocómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

EL REY QUE RABIÓ [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Quinta edición.)

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó. 2 Id. id. Coello. 3 Idem Idem Campoarana. 4 Id. id. Blasco. 5 Id. id. Vital Aza.